

Argumentos. Revista de crítica social.

No 5 - La tragedia de Cromañón

Junio de 2005.

Tabla de contenidos

Editorial	PDF
Conversaciones	
Trabajo y transformaciones en el mundo del trabajo I <i>Carla Bertotti, Verónica Mundt, Mercedes Vega Martínez, Edna Muleras, María Carla Rodríguez</i>	PDF
Trabajo y transformaciones en el mundo del trabajo II <i>Pablo Barbeta, Julián Rebón, Agustín Salvia</i>	PDF
Dossier	
El barrendero que limpia el camino <i>Pablo Guerchunoff</i>	PDF
Reflexiones sobre la deuda externa <i>Miguel Teubal</i>	PDF
Una tragedia argentina más, ahora los jóvenes y niños de la República de Cromañón <i>Ana Wortman</i>	PDF
Cromañón: las lógicas de los cuerpos y los discursos <i>Mariana Conde</i>	PDF
Notas a la mesa	
Políticas culturales y cultura política <i>Rubens Bayardo</i>	PDF

Editorial

El número de *Argumentos* que aquí presentamos cierra un primer ciclo que se inicia en diciembre de 2002 durante mi gestión como Director del Instituto y que seguramente se continuará y mejorará durante la actual gestión de la Dra. Carolina Mera. Quiero señalar que si hay algo que ha caracterizado al Instituto fue su continuidad institucional, en el sentido de la cooperación que ha existido entre las distintas gestiones que se sucedieron en el mismo. Constituye esta, sin duda, una actitud que estamos comprometidos a respetar y continuar, pues constituye un valor no fácil de encontrar en nuestro universo institucional.

Pensamos en su momento que la revista *Argumentos* debía contribuir a la resolución de dos cuestiones centrales: en primer lugar, a la difusión lo más ágil y sencilla posible de nuestras ideas y reflexiones y al fortalecimiento del diálogo interno generalmente opacado por la fragmentación del trabajo; en segundo lugar a la difusión de nuestros productos intelectuales. Es en este sentido que decidimos hacer una revista electrónica basada en notas y conversaciones-diálogos acerca de las mismas, las que sin duda contribuyeron a fortalecer la comunicación entre los miembros del Instituto.

Al mismo tiempo pretendimos reflejar la coyuntura social. En este sentido creemos que así como los primeros dos objetivos fueron en gran medida alcanzados tuvimos dificultades en lograr la pertinencia temporal con la que abordamos los problemas que la sociedad nos planteaba. Posiblemente lo anterior tenga que ver con la continuidad y periodicidad de la revista, problema que en gran medida tiene que ver con los recursos humanos y materiales con los que se cuenta para abordar la siempre compleja tarea editorial. Queda éste como un problema no fácil de resolver, pero que de alguna manera se facilita por la existencia de una tradición y práctica relativamente consolidadas en cuanto a la confección y procesamiento de la revista.

Finalmente quisiera resaltar la enorme colaboración aportada por el Comité Editorial compuesto por Ana Lía Kornblit, Juan Carlos Marín, Juan Carlos Portantiero, Leandro Caruso, Ricardo Martínez Mazzola, Javier Pelacoff y Sebastián Pereyra. Es importante también señalar el

pluralismo con el que se discutieron los contenidos y el formato de Argumentos en su fase inicial. No es posible olvidar tampoco la colaboración entusiasta, creativa y desinteresada de la labor editorial de Pablo Livszyc desde la Facultad de Ciencias Sociales y de lo que significó en esta primera etapa de la Revista. La colaboración permanente de Mabel Kolesas, Rosana Abrutzky y Cristina Bramuglia ha estado como siempre presente. Como usualmente se dice "sin todos ellos/ellas la Revista no hubiese sido posible".

Este número 5 continúa con su organización temática tradicional a la que hemos añadido un dossier relacionado con las Ciencias Sociales tomando como eje la figura de Gino Germani, cuyo legado ha sido motivo nuevamente de debate a raíz de la publicación por Ana Germani de su excelente libro "Gino Germani: del Antifascismo a la sociología". Pretendimos cabalgando sobre la presentación realizada en la Universidad de Bologna con nuestra colaboración, reiniciar un debate en torno a la actualidad de las Ciencias Sociales en nuestro país, debate que por otro lado permanece aún abierto desde el punto de vista histórico y epistemológico. Agradecemos en este sentido la iniciativa de nuestro amigo Giorgio Alberti así como a Alejandro Blanco, Silvia Sigal, Miguel Murmis, Torcuato Di Tella y Analía Kornblit que integraron esta primera mesa de debate que nos hemos comprometido a continuar en el futuro en el marco del Instituto y la Facultad de Ciencias Sociales. Pedro Krotsch (ex director Instituto de Investigaciones Gino Germani).

Trabajo y transformaciones en el mundo del trabajo

Conversaciones entre Edna Muleras, María Carla Rodríguez, Carla Bertotti, Verónica Mundt y Mercedes Vega Martínez

Bajo el título "Trabajo y transformaciones en el mundo del trabajo" el Comité Editorial de **Argumentos** convocó a los investigadores Pablo Barbeta, Edna Muleras, Julián Rebón, María Carla Rodríguez, Carla Bertotti, Verónica Mundt y Mercedes Vega Martínez y Agustín Salvia para intercambiar opiniones sobre los *adelantos de notas* que cada uno había escrito por expreso pedido del Comité sobre este tema. Para facilitar el diálogo se decidió realizar las conversaciones en dos grupos. De esta forma se reunieron por un lado tres artículos que dentro de la temática del trabajo hacen hincapié en los movimientos sociales que tienen incidencia en la construcción de subjetividad; por el otro lado el artículo marco acerca del mundo del trabajo en la década del 90 y dos experiencias sectoriales, una en el sector industrial y otra en el sector rural.

La versión completa de los *adelantos de notas*, que sirvieron como elementos disparadores para la discusión crítica que se transcribe a continuación está incluida en el número 4 de la revista **Argumentos**. Ellos son *Hábitat, cooperativismo autogestionario y redefinición de las políticas públicas: buscando la "nueva fábrica" en los barrios de Buenos Aires* de María Carla Rodríguez, *La conciencia sacralizada de los trabajadores* de Edna Muleras, y *En la vereda* de Mercedes Vega Martínez, María Carla Bertotti y Verónica Mundt.

Estas *conversaciones* se desarrollaron el 22 de marzo de 2005 en el Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, UBA.

Las *conversaciones* constaron de dos partes, en la primera cada autora expuso su mirada en torno al tema planteado, retomando los ejes centrales desarrollados en su adelanto de nota, en la segunda, a partir de un diálogo menos pautado se intercambiaron puntos en común, aclaraciones, objeciones, defensas y críticas.

Carla Rodríguez: el artículo que yo escribí para la revista en relación al problema de las representaciones en el mundo del trabajo tenía que ver con las características que han venido asumiendo los procesos de organización social a partir de determinados fenómenos de base territorial que se han dado en las

últimas décadas en la Ciudad de Buenos Aires: el fenómeno de las ocupaciones de edificios en las áreas centrales, o como han sido los procesos de toma de tierras en los asentamientos. La nota distintiva de los efectos de las políticas neoliberales –la que ha sido abordada también en los otros artículos– son los procesos de individualización, de fragmentación, de desorganización. Este artículo, que pone el eje en el desarrollo de procesos organizativos, las cooperativas de autogestión en Ciudad de Buenos Aires, trata de rescatar una de las tantas contratendencias que se desarrollan. En el campo de los estudios de los movimientos sociales lo que más hemos visto en términos de rescate de contratendencias son los estudios sobre las características que ha asumido el movimiento piquetero, los grandes movimientos de masas centrados en los efectos de la protesta social. La experiencia que yo traigo tiene que ver con procesos más micro, pero que también se desarrollan a lo largo de los 90, y en particular desde la crisis. Un proceso paulatino de acumulación que empieza a expresarse en determinadas propuestas de políticas.

En este caso se trata del desarrollo de un incipiente movimiento cooperativo autogestivo que en Ciudad de Buenos Aires tiene como correlato, después de varios años de desarrollo de estos procesos, la transformación, aunque sea en pequeña escala, de las condiciones de la institucionalidad estatal a partir de la implementación de unas determinadas políticas, como la Ley 341.964, políticas que habilitan el desarrollo de organizaciones autogestionarias. Entiendo la autogestión no como la autogestión del Banco Mundial, que se organicen solos y hagan lo que puedan, sino el Estado asignando recursos para fortalecer estos procesos del campo popular. Centralmente lo que se cuenta es una de estas tantas experiencias de resistencia que yo creo que hay. Así como lo vemos en el mundo del trabajo con el desarrollo, por ejemplo, del Movimiento de Fábricas Recuperadas. Vemos en el eje del trabajo cómo se van dando también procesos de recuperación o de resistencia de una identidad trabajadora, cómo podía recomponerse una identidad de la clase trabajadora en el contexto y las condiciones actuales. En el caso de los movimientos territoriales de vivienda, desde mediados de los 90 en adelante han proliferado de manera fragmentaria: hay cientos de organizaciones de base cooperativa de vivienda que son pequeñas, y hay otro tipo de organizaciones territoriales, como los comedores. Es un proceso lento, que yo lo veo multiplicarse de manera sistemática, y tiene por gran desafío la posibilidad de articulación sociopolítica, para poder plasmarse de otra manera. El artículo trata de traer algunas aristas de este proceso, y en lo específico de la vivienda también el carácter productivo de los procesos vinculados al hábitat. Normalmente la política

de vivienda, y más desde los paradigmas neoliberales, ha sido pensada como parte de la política social, concebida con una impronta fuertemente asistencial. Yo creo que parte de la discusión de cómo puede ser esta recomposición de las clases ligadas al mundo del trabajo en un plano social, en un plano político, esa necesidad de superar la fragmentación también tiene un correlato que se plasma en qué nuevos contenidos van teniendo unas políticas adecuadas a la posibilidad de este proceso de transformación. El artículo trata de aportar un granito a eso.

Y en segundo lugar hay otra cuestión importante, que es cómo en un contexto tan destructor como han sido las políticas neoliberales en las últimas tres décadas, otro eje que aparece como ineludible para superar la fragmentación es la posibilidad de recuperar las historias. Las historias ligadas al mundo del trabajo, a las organizaciones, a las diversas resistencias que van logrando acumularse, contribuyendo a la capacidad de generar conocimiento y propuestas concretas. Por ejemplo en el artículo me refiero a cómo en una de estas organizaciones, el Movimiento de Ocupantes e Inquilinos (MOI), es posible formular esa propuesta colectivamente porque se van sumando y recreando saberes y experiencias que vienen de sectores muy diversos. De profesionales que en la década del 60 en la Universidad de La Plata fueron parte de la construcción de determinado paradigma, de Arquitectura-Ciudad. El nuevo compromiso político de recuperar experiencias del campo popular en La Vereda de Enfrente, en Uruguay. El desarrollo del Movimiento Cooperativo Autogestionario. Pero cómo esa recuperación no es sólo simbólica sino que después pasa a la manera concreta en que se organiza la acción. Ese es el otro plano. El artículo trata sobre esto.

Edna Muleras: Mi artículo, que habla sobre la conciencia sacralizada de los trabajadores, trató de focalizar y articular mi propio avance de investigación. Este no está ligado al estudio del mundo del trabajo ni de los trabajadores específicamente en el plano de los procesos de producción, o el mundo productivo, pero sí tuvo el intento de reflexionar acerca de qué modo la crisis del 2001 en Argentina (sobre la cual hay acuerdo en el mundo intelectual respecto a su existencia y los efectos devastadores en la clase obrera y en el mundo del trabajo en nuestro país) de qué modo esta crisis pudo haber alterado o no los modos de conciencia, las formas representativas, el modo de pensar su propia situación de vida, en algunos sectores obreros, particularmente en el universo en el que yo estoy trabajando. Y ese universo tiene que ver con aquellos trabajadores que son devotos de San Cayetano. Tenía un handicap a favor para hacer esto, no quisiera

repetir lo que se dice en el artículo, que es el hecho de contar con tres mediciones distintas a lo largo de una temporalidad bastante importante que es la década del 90. Nosotros habíamos hecho un primer registro en el año 92, un segundo y tercero en 93 y 94, y pudimos volver a terreno en el 2001. Y esto es lo que nos permite evaluar en qué medida la gran transformación estructural de la sociedad, la cual se puso en evidencia a partir de la crisis, y que obviamente se gestó a lo largo de varios años, pudo haber incidido no sólo en la identidad de ese proceso, en la identidad del perfil de sus asistentes, sino también en la capacidad de pensar precisamente estos modos distintos, estas estrategias diferentes de confrontar y enfrentar los procesos que afectan la posibilidad de reproducir las condiciones de vida de la gente. Porque nosotros creemos que buena parte de la clase trabajadora argentina lo hace precisamente con las armas provistas por una concepción sacralizada del mundo. Aunque esto puede ser motivo de debate y polémica, no es que quiera introducir esto de si esto es dominante o es minoritario. Pero lo que sí puedo afirmar con cierto conocimiento de causa es que esto abarca a miles de trabajadores, cientos de miles, si sumamos a los miembros involucrados de sus familias, y además en un proceso histórico, sistemático, recurrente, desde hace por lo menos más de treinta años en Argentina. Creemos que es significativo para pensar parte de la cultura de la clase obrera en nuestro país. Que no es un proceso para desestimar.

Hubo tres cosas que surgen en el análisis comparativo en una línea diacrónica de reflexión. En primer lugar lo que encontramos es que lo que se acentúa, aún dentro de un proceso que convoca a una identidad epistémico muy particular, como es la identidad de un devoto, que además supone y reconoce su propia identidad religiosa, en este caso dentro de lo que es el catolicismo, con las prácticas rituales que eso supone, encontramos que hay una acentuación de la intensidad con la cual ellos se vinculan de un modo realista.

Encontramos que hay una acentuación de la intensidad de la concepción realista del mundo a partir de la cual establecen un vínculo con el santo. Dentro de lo que es la definición de realismo en la teoría de Jean Piaget, un estadio de realismo intelectual supone, pensar los procesos sociales y humanos no en términos de la resultante de esa interacción humana, producto de la acción humana, sino como ajenos, exteriores a ella, producto de un orden de revelación, fuera de la posibilidad de alcance y modificación de la acción humana.

Los asistentes a San Cayetano realizan una acción muy específica, que nosotros conceptualizamos como el círculo de la promesa, que necesariamente

realimenta la dependencia respecto al santo. La promesa supone una primera acción en la cual uno efectúa un pedido, ya sea de conservar el bienestar en algún momento conseguido o la transformación de alguna situación de vida en el campo del trabajo, de la familia, de la salud. El espectro es bastante amplio, por supuesto que siempre tiene que ver con cuestiones de la vida terrenal y cotidiana, los pedidos. Por lo menos la amplia mayoría de ellos. Y en la medida en que el santo incide en la preservación de la identidad personal y familiar uno queda endeudado con el santo, y en este sentido, conciente o inconcientemente hay que retribuir el favor otorgado. Y un modo de esa retribución tiene que ver con la vuelta periódica al santuario, el 90% de los asistentes son asistentes reiterados. Y además concurren hace más de 10 años en el 60% de los casos.

A primera vista en los relevamientos de 1992 y 1994, el perfil epistémico cultural de los asistentes parecía algo monolítico y homogéneo, y se podía decir: son todos creyentes, todos son devotos del santo, todos creen que el santo tiene poder de determinación en el curso de sus vidas, por eso asisten. Pero a pesar de esta identidad en apariencia, o este común denominador, encontramos una gran heterogeneidad en el plano de la acción y de la reflexión de los devotos. En el 92 y en el 94. Como si esta conciencia sacralizada de lo que les pasa se expresase en un gradiente, con distintos grados de intensidad. Un gradiente en término de distintos indicadores. En términos de los atributos que ellos proyectan en el santo, en términos del poder que le atribuyen en la capacidad de incidir sobre su vida, en términos incluso del ejercicio de las mismas prácticas rituales de lo que es el catolicismo: las ofrendas, las bendiciones, las confesiones, al asistencia a ceremonias religiosas. Estos indicadores no se manifiestan con la misma intensidad en todos los casos.

Este gradiente con que se expresa la intensidad de la sacralización que nosotros encontramos y que tomamos como un posible indicador de estadios en lo que puede denominarse una concepción sacralizada del mundo, en el año 2001 muestra una novedad significativa, que es que la intensidad de las prácticas tiende a conservarse e incrementarse, en primer lugar. Es decir, los porcentajes de algunas de estas prácticas tienden a incrementarse. En segundo lugar, entonces, empezamos a preguntarnos por la identidad de quienes las realizan. Si esta modificación en el plano del comportamiento supone una modificación en el plano de la identidad social de los asistentes. Y para nuestra sorpresa, o no, encontramos que había habido una modificación importante en cuanto al perfil de la asistencia. Si la primera mitad de la década del 90 el proceso básicamente era alimentado en

buena parte por lo que Marx puede llamar el ejército industrial de reserva, los desocupados y subocupados tenían una presencia considerable -es el santo del trabajo, o sea que en ese sentido tiene una lógica- en el 2001 básicamente son los ocupados los que se hacen presentes en el santuario. Y más aún, cuando empezamos a tratar de desentrañar la identidad de estos ocupados, nos encontramos que desde el punto de vista de sus condiciones de vida en términos económicos productivos y en términos educativos, tienden a ser mejores relativamente que lo que eran a principios de la década. Tienden a aparecer ocupados en ocupaciones de mayores calificaciones y complejidad, en el mundo de los servicios, son más educados formalmente -siempre hablamos en términos relativos- de lo que eran en la primer mitad de los 90. Y además, todos, tanto aquellos que tocan al santo como quienes no lo hacen -recuerdan esta importante distinción de las filas- tienden a homogeneizarse en la intensidad de lo que puede ser la proyección de atributos antropomórficos en el santo, en cuanto a lo que puede ser la práctica de un conjunto de rituales sacramentales propios de la religión católica, pero que tienen un residuo mágico, ofrendas, bendiciones, asistencia a ceremonias religiosas, confesión. Habría que contar un poco la teoría de la sociología de la religión de Max Weber para entender en qué sentido lo digo, no hay tiempo para eso.

Entonces la pregunta es: ¿la concepción sacralizada del mundo amplía sus fronteras sociales? ¿La crisis estructural de la Argentina ha tenido un efecto devastador en cuanto a la identidad y la práctica social y política que puede realizar distintas fracciones de la clase trabajadora? Ese es el interrogante que intenté plantear.

Carla Bertotti: Creo que los tres artículos comparten una aproximación a las reformas neoliberales y sus impactos en diferentes sectores sociales. Tanto el trabajo de Carla Rodríguez (Procesos de organización social de base territorial) como el de Edna Muleras (La conciencia sacralizada de los trabajadores devotos de San Cayetano), trabajan sobre procesos que se vienen desarrollando desde hace un tiempo, lo cual les permite considerar los efectos de las reformas y de la crisis del 2001 en el desarrollo de los mismos. Nuestro trabajo en cambio, se focaliza en un proceso de absoluta novedad que, precisamente, irrumpe en la vida social de la ciudad como consecuencia de las reformas neoliberales; que se viene desarrollando desde fines de la década de los 90 pero que recién en el 2001 adquiere visibilidad social, me refiero fenómeno de los cartoneros. Miles y miles de personas llegan

cada tarde-noche a la capital en trenes o camiones a seleccionar recolectar diferentes materiales para su posterior venta. El ciruja, el cirujeo existe desde hace mucho tiempo en la ciudad, sin embargo, el cartoneo es un fenómeno masivo, tanto en cuanto a la cantidad de gente involucrada como en el volumen de material recolectado, por lo que abrió varios frentes de conflicto: con el Gobierno de la Ciudad y las empresas recolectoras respecto al tratamiento sistemático de residuos, y con los vecinos sobre qué hacer con este ejército de gente que invade la Ciudad de Buenos Aires. Algunas medidas económicas que consideramos decisivas para la constitución de este proceso son: por un lado, el corralito (diciembre 2001), ya que ante la falta de efectivo circulante, los cartoneros, que forman parte de la economía del chiquitaje se sumaron a la protesta social de diciembre de 2001, adquiriendo mayor visibilidad. Por otro lado, la devaluación de principios de 2002, abrió un proceso de sustitución de importaciones bastante desordenado que involucró a la industria del papel y del reciclaje del papel.

Mercedes Vega Martínez: esta situación es absolutamente nueva desde el punto de vista social, y bastante compleja, en la medida en que las calles a partir de una determinada hora, a partir del año 2000, en que este fenómeno se presenta y hace eclosión, empiezan a estar pobladas de una cantidad impresionante de gente, de pobres. Esto genera en las clases medias no sólo la sorpresa sino también una cuota muy alta de temor frente a esta invasión en las calles, a esta ocupación del espacio de la vereda, que es como una especie de prolongación del espacio de la casa. Sobre todo en los barrios de Buenos Aires, las clases medias empiezan a sentir una gran curiosidad y al mismo tiempo miedo por estas fracciones, y empiezan a pelear palmo a palmo el ámbito de la vereda. Los vecinos, como ámbito propio, y los cartoneros, en su recorrida, peleando allí el ámbito que ellos consideran que es público, y que por lo tanto tienen derecho a transitar, en la medida en que ahí, en ese ámbito público, está la basura, que se considera que es lo que la gente deshecha, que no tiene dueño.

En la constitución del territorio social los procesos de violencia son brutales. Sobre todo al principio. Hasta ese momento las empresas recolectoras de basura, recogían la basura y cobraban por kilaje, por tonelaje de basura que levantaban. Por lo tanto el cartonero se convierte en un ladrón, porque su actividad contribuye a disminuir el monto general de la paga. Por otro lado el Gobierno de la Ciudad atendiendo a estos procesos de violencia que tienen como protagonistas a las

empresas, la sociedad en su conjunto, particularmente las fracciones de la clase media que se quejan frente a esta irrupción, los cartoneros que defienden su actividad como forma de subsistencia, se ve obligado a sentarse a pensar cómo hacer para integrar a esta gente y legislar para ellos, tratando de neutralizar el proceso de conflicto que se abre en la vereda. De tal manera que ya en el año 2002 empieza a perfilarse la legislación que va a terminar siendo la Ley 992 del Gobierno de la Ciudad, otorgando la posibilidad de que las empresas recolectoras de basura cobren en función de la cantidad de kilos sino por área limpia. Esto libera bastante el tema de la basura en particular y el tema de los kilos, y los cartoneros empiezan a sentirse un poco más libres en ese recorrido. Igual los procesos de violencia en la constitución del territorio continúan, la policía siempre está asediando, constantemente, en la medida en que también tiene que ver en la constitución de este territorio, el lugar de los intermediarios, particularmente de los acopiadores. Por territorio, por cantidad de cuadras, por tonelaje, acerca de lo que ellos pueden recibir. Esto es para nosotros una cuestión particular de atención en el desarrollo de nuestra investigación, y en cómo se fue conformando ese territorio que hace a la vereda, y cómo finalmente terminan en una especie de acuerdo tácito, tanto del vecino que dice: te dejo transitar, no más de cincuenta centímetros del cordón para adentro, porque el resto es mío, el cartonero que acepta esa posibilidad en la medida en que le permita transitar esos 50 cm y además meterse en la basura, y también usando unos centímetros de la calle, de la calzada. Entonces empiezan a establecerse ahí una cantidad de cuestiones que se respetan bastante. En este sentido son bastante disciplinados, porque además se constituyen con grupos integrados por gente que viene de trabajo formal. Que trae una tradición de disciplina y de organización en sus propios trabajos.

Verónica Mundt: De hecho nosotras hicimos dos etapas de campo, trabajando sobre todo en la línea del llamado Tren Blanco, el que recorre la línea Retiro-José León Suárez. Esta línea de tren es la primer conquista formal de los cartoneros, surge de un enfrentamiento muy claro con la gente que toma el tren que va hacia la zona norte de la ciudad, una de las zonas más ricas que a partir de las 8 ó 9 de la noche empiezan a verse tapados de carros, el furgón no alcanza, y a partir de esta confrontación surge la posibilidad del tren blanco. En el trabajo que nosotras hicimos sobre esta línea del tren hicimos algunas entrevistas, en las que surgía una cuestión interesante -retomando esto que decía Mercedes recién- y es que la identidad en tanto trabajadores no estaba dada por el trabajo o por la actividad

actual, sino que estaba siempre referida a su trabajo anterior. Entonces, ante la pregunta de qué cosas consideraba buenas de este trabajo, qué cosas consideraban malas, y demás, la permanente identificación era con su historia laboral anterior. Decían: “soy albañil”, “soy panadero”, “soy colectivero”, y “ahora estoy cartoneando”. En términos de la construcción de la subjetividad de esos trabajadores que están dedicados a esta actividad, no había posibilidad de hacer sustantiva esa identidad, decir “soy cartonero”, no hubo ninguno que se refiriera a sí mismo como cartonero, sino que cartonear tiene que ver con la transitoriedad de un momento. De hecho, el grueso de las personas que entrevistamos, tanto hombres como mujeres, seguían buscando trabajo. Estaban en una búsqueda activa, por lo menos en aquello que decían. Por lo menos discursivamente. Esto nos pareció interesante, porque si nos ponemos a mirar el circuito, éste tiene todas las formas de un trabajo: tiene horarios estrictísimos, la ciudad está totalmente parcializada, cada cual tiene su camino, su vereda, su recorrido, hay un horario en el que pasa el tren, está el cartón, el vidrio, metales, todo tiene un precio que está fijado por intereses que no tienen que ver con los intereses de los cartoneros sino con los acopiadores y los clientes de los acopiadores, los posteriores compradores. Es decir que tiene todas las características de un proceso de trabajo, sin embargo no hay posibilidad de reconocer allí la identidad de un trabajador.

Carla Rodríguez: A partir de la presentación que hizo Edna Muleras se me ocurre un conjunto de cuestiones que tienen que ver con el papel que juega la concepción sacralizada del mundo. En tu artículo vos planteás que esto es parte del instrumental con el que las clases trabajadoras abordan el impacto de los procesos de las políticas neoliberales. Yo pensaba que siempre desde los actores y procesos de organización (a partir de algunos ejemplos concretos de cómo funcionan algunas cooperativas de autogestión en Ciudad de Buenos Aires, y también estoy pensando en algunas experiencias de autogestión brasileñas, Movimiento de Morerías, algunas que conozco ligadas al tema del hábitat, y hasta los propios procesos organizativos del MCT) esta concepción sacralizada del mundo, en el sentido común de la gente coexiste -aunque sea contradictorio lógicamente- con el desarrollo de las acciones prácticas. ¿Qué pasa en una cooperativa de autogestión de la Ciudad de Buenos Aires? Cuando la gente se organiza hace un conjunto de cuestiones que son de la acción humana. Para haber podido revitalizar una cooperativa en el barrio de San Telmo, unas familias que eran ocupantes tuvieron que ahorrar plata, tuvieron que ponerse de acuerdo entre sí, pasan muchas horas participando, van a

la Legislatura, impulsan procesos de gestión, como un carril de su práctica. Y lo ejercen, no es que no lo ejercen. Lo que no obsta que el día en que se trató la ordenanza seguramente prendieron velas. Tienen ciertos logros concretos, que se plasman en saldos de transformación de las prácticas, sin embargo en el imaginario de la gente, estas dos dimensiones coexisten como si fueran no contradictorias, como en el sentido común gramsciano. Quería traerlo porque me surgía muy fuerte. Porque si no uno piensa: estos trabajadores que hacen largas colas y van a ver a San Cayetano, ¿está todo perdido?, ¿no hay nada de la acción humana? Eso es un tema interesante, también, y necesario de reflexionar y de discutir. En el plano del desarrollo de las organizaciones sociales esto ha sido todo un debate, por ejemplo respecto a los movimientos populares brasileños. Porque desde muchas tradiciones, desde la izquierda, se piensa “el desarrollo es lógico, racional”, se descarta y se va en contra, y en las últimas décadas ha habido todo un recrear y tratar de coexistir. Efectivamente, cuando la gente se organiza y desarrolla acciones no abandona una cosa por la otra. Esto se refiere a la pregunta de qué ha pasado con la concepción sacralizada del mundo y qué implicancias tiene para el desarrollo de la acción práctica y de qué tipo, de los grupos desfavorecidos.

Edna Muleras: Están muy bien la advertencia y el señalamiento de Carla. Es así, es una aparente contradicción. Coincido en que no es una contradicción. Lo explico: la concepción sacralizada del mundo no es patrimonio del universo de creyentes católicos, la concepción sacralizada del mundo tiene que ver con una etapa en la reflexión humana, y se puede esto pesquisar tanto en el plano del desarrollo evolutivo psíquico o a nivel psicogenético (donde la tradición de la escuela piagetiana focalizó sus estudios experimentales), y también en el plano de la sociogénesis (o sea en el plano de pensar cómo los grupos sociales, a lo largo de su movimiento histórico concibieron su situación de vida, sus propias prácticas sociales, lo que les pasa). Y en este sentido ningún ser humano está exento de esto. En primer lugar porque lo atravesó en la propia constitución psicológica de su individualidad. Y también se puede pensar en un plano de análisis social, porque es un modo de pensar la realidad. Podemos encontrar este modo de reflexión presente también en lo que puede ser un modo de enfrentar la ciencia y la investigación científica, por ejemplo. Dogmáticamente, o bien atribuyendo rasgos humanos a procesos que en realidad son estructurales, que no tienen que ver con el voluntarismo o la intencionalidad de los actores, etc.

Esta es una cuestión. La segunda cuestión en el universo de devotos de San Cayetano. Nosotros hacemos bastante énfasis en el gradiente en que la concepción sacralizada del mundo se expresa, precisamente porque creemos que los albores del siglo XXI, el modo capitalista de producción, el conjunto de grupos sociales, en algún sentido y en algún ámbito de su vida, en mayor o menor grado, están atravesados por los procesos de secularización. Y cuando uno dice concepción sacralizada del mundo, en realidad está diciendo la consistencia, la articulación de la concepción secularizada con la concepción sacralizada. Pero lo que a nosotros nos interesa justamente desentrañar es la medida. Y más aún, no sólo la medida, el más y el menos, sino dilucidar de qué tipo de procesos sociales depende la posibilidad de deconstruir las formas que tienen que ver con los estadios primarios de la reflexión. En San Cayetano específicamente estamos intentando hacerlo. Bueno, nosotros encontramos que un tercio, y sólo un tercio de los asistentes, para lograr la incidencia favorable del santo en sus vidas tienen que tocarlo. El gesto preciso de lograr la intervención es ese: tocarlo, porque ese es el modo eficaz de lograr el vínculo. Y encontrar que hay dos tercios que no necesitan tocarlo para vincularse, que pueden establecer la participación mágica a través de un lazo de reflexión simbólico mental, es para nosotros un indicador significativo, aún dentro de un mismo proceso, religioso, etc., de dos grados diversos, de dos intensidades diversas.

Edna Muleras: Dos preguntas: una es para Carla, en algún momento ella se refería a que este tipo de experiencias autogestivas estaban protagonizadas por todos aquellos que viven de su trabajo. Desde desocupados hasta amplias capas de profesionales. Quería pedirte si podés avanzar más en la caracterización de quiénes participan en este tipo de movimientos, me parece interesante ese espectro tan amplio.

Carla Rodríguez: Sobre el cierre del artículo está planteada precisamente la definición "todos aquellos que viven de su trabajo". Ahí hay dos carriles de reflexión, voy a contestar primero en concreto respecto de lo que ha sido el desarrollo de la práctica de lo que yo estoy sistematizando: las cooperativas ligadas al Movimiento de Ocupantes e Inquilinos. Allí vemos lo siguiente, por las características que tuvo el proceso de reorganización. Por un lado la base social que integra al movimiento, tiene el grueso de su población, (en su origen, entre el año 90 y el año 98) en quienes vivían originalmente en los edificios ocupados. Yo trabajé sobre las

ocupaciones de edificios en varios proyectos financiados por UBACyT. ¿Quiénes eran los ocupantes? En realidad, como parte de ese rótulo homogéneo, cuando nosotros nos fuimos metiendo desde los procesos de investigación, teníamos una gradiente que ya de por sí, sólo entre esos habitantes tenía unos niveles importantes de heterogeneidad. ¿Por qué? Porque en los edificios ocupados encontrábamos viviendo en edificios ocupados una cantidad interesante de trabajadores de los que fueron quedando en relación formal de dependencia, trabajadores del Estado de muy bajos ingresos, enfermeras. Después, otro tipo de trabajadores ligados a relaciones salariales informales, por ejemplo, al mundo de la construcción. Muchos trabajadores de la construcción, con diversos grados de calificación. Principalmente, y sobre todo en los 90, se asociaba el término de ocupante a situaciones de extrema pobreza. Y lo que nosotros observamos fue que el mundo de ocupaciones de edificios, en términos de ocupaciones y de ingresos, tenía una heterogeneidad significativa. Siempre dentro de trabajadores de bajos ingresos, pero de trayectorias y mundos diferenciados. Cuando voy a caracterizar ya lo que es el desarrollo de una propuesta de organización como la del MOI, que es ir más allá de los edificios ocupados y conformar cooperativas, lo que es la base del proceso de organización, en el caso de la propuesta del MOI, involucra estudiantes recién recibidos, profesionales jóvenes, y aquellos militantes que venían de los 60. Es decir, una capa de sectores medios que asume un rol no de asistencia técnica externa sino de co-constituir un proceso organizativo. Entonces, la base social del MOI, integra tanto a trabajadores de las ocupaciones de edificios como a un conjunto de profesionales, algunos que llegan con una determinada intencionalidad política, otros buscando un núcleo de interés de lo que puede ser reconstruir el mundo del trabajo. ¿cuántos sociólogos desempleados hay, recién recibidos? ¿O arquitectos? Entonces, parte de los que se ligan, desde una necesidad distinta, son los que están intentando recrear su práctica profesional, que es parte del trabajo.

Del 98 en adelante el MOI hace un cambio de metodología, y este espectro social se amplía más, porque lo que ha pasado en general en la Argentina es el proceso de empobrecimiento de las capas medias. Desde 1998 en adelante, el MOI deja de trabajar sólo en edificios ocupados, y empieza a abrir ámbitos especiales, de formación de cooperativas, que se llaman las guardias. Las guardias se abren al conjunto de población que necesite vivienda, y que le interese tomar la propuesta cooperativa. ¿Quiénes empiezan a asistir para formar cooperativas, a las guardias del MOI? En parte gente que vive en ocupaciones de edificios, también los que

viven en hoteles pensión, también -aunque en menor medida- inquilinos a quienes que les cuesta seguir alquilando, inquilinos de pequeños departamentos. Esa clase media empobrecida, no en una proporción mayoritaria pero empieza a fluir, a acercarse. Y también los jóvenes, que no son mayoría, pero forman parte de esa heterogeneidad, jóvenes estudiantes universitarios, parte de esa clase media baja. Las cooperativas de autogestión, como Cooperativa El Molino, o La Fábrica, son referentes empíricos, están formadas por esta variedad. Hay desde jóvenes estudiantes, aunque sean poquitos, que vienen de una clase media, y que vienen no sólo a hacer asistencia técnica sino a hacerse cooperativistas, a resolver su problema de la vivienda, hasta, en la misma unidad organizativa, familias que vienen de procesos de ser subsidiados por el Gobierno de la Ciudad, en los hoteles, en los programas de emergencia. Que para ellos la cooperativa es un intento para salir de estos programas fuertemente asistencializados, en un cambio de actitud. Probablemente estas familias sí tengan ingresos muy bajos, de menos de \$300, por así decir. Otros, pueden circunstancialmente estar en menos de \$300, o tener un ingreso familiar de \$1.000 o de \$1.200. A esa heterogeneidad que se va conjuntando con muchas dificultades en un solo proceso organizativo es a la que estoy aludiendo.

El segundo plano de preocupación es la posibilidad de articulación de procesos sociopolíticos: yo describía procesos a nivel micro: ¿cómo pasa esto a escala más amplia, en los sectores que vivimos de nuestro trabajo?

Mercedes Vega Martínez: Carla, yo pensaba que es muy probable también, no lo sé, pero me surgía en la medida que leía tu trabajo, es muy probable que en este movimiento de ocupantes e inquilinos, sobre todo en el ámbito urbano, sobre todo acá, en Buenos Aires, estas sean personas, que más allá de la heterogeneidad que los atraviesa todo el tiempo, sean sujetos con el desarrollo de un campo simbólico mucho más rico que la gente por ejemplo que ocupa tierras, hacia las afueras. Y que de alguna manera el hecho de tener un trabajo estable, de estar ocupados, o venir de las clases medias empobrecidas, viabiliza un enriquecimiento que le permite pensar que puede acceder a ese sitio que está desocupado, y que puede entrar y organizarse en función de esto. Quizás a las fracciones más desposeídas que traen una o dos generaciones sumidas en la pobreza, ese campo simbólico les está mucho más restringido, son pobres también en este sentido, que esto ni siquiera aparece como posible.

Carla Rodríguez: Sí, son trayectorias distintas, la pelea por el acceso al suelo urbano del área central, seguro que tiene una historia, una inserción y un contexto que es diferenciado al a pelea por las ciudades o barrios del segundo cordón. Yo pensaba, los que vinieron y ocuparon las áreas centrales de la ciudad ya estaban buscando los recursos de la ciudad, los que fueren, los que vinieron en los 80, ya estaban buscando la ciudad, cuando nosotros hacíamos entrevistas entonces, decían “sí, yo tengo en el centro de la ciudad más posibilidad de trabajo, yo tengo acceso a la salud y la educación”, hablando de los sectores de más bajos ingresos que hicieron las ocupaciones masivas. Yo creo que hay una diferencia entre el contexto de las áreas centrales y el contexto del tipo de organización que se ha dado en la zona periférica. El contexto de las áreas centrales es más complejo, más diverso, también tiene un antagonismo mayor, porque el valor del suelo urbano del barrio de San Telmo no es el valor de un asentamiento en el segundo cordón de La Matanza, entonces el tipo de intereses que hacen posible dar la regularización o concretar el derecho a la ciudad, o las compras de edificios, los antagonismos están más exacerbados. Pero sí, la característica y la composición varían.

Edna Muleras: les pregunto a las chicas: creo que no hicieron referencia a esto en el artículo, quería preguntarles en cuanto al tipo de relaciones productivas que ellos como cartoneros establecen, si para ustedes como analistas son cuentapropistas o son asalariados encubiertos de una especie de un nuevo empresariado del cartoneo. Eso me parece importante para la identidad social del cartonero.

Mercedes Vega Martínez: en realidad nosotras, sin saberlo, entramos en una especie de debate en el rubro laboral, acerca de si es trabajo o no es trabajo. Empezando por ahí. Se está discutiendo. Hay fracciones políticas, particularmente, que tranquilamente, sin ningún costo, dicen “esta gente no trabaja, esta gente roba”. Así de simple, lo dicen públicamente, lo pelean desde el espacio público. Macri es un exponente de esto, porque dice que la basura es propiedad del Gobierno de la Ciudad y de las empresas recolectoras. Que toda esta gente son sencillamente ladrones. Por otro lado, otras fracciones que salen al debate público, anterior y posterior a la legislación, dicen “no, en realidad no roban, esto es lo que la gente tira, y mientras la empresa recolectora no ha levantado... No están robando. Pero nadie puede tener un trabajo como este. Por lo tanto no es trabajo, hurgar la basura no puede ser un trabajo para nadie”. Las fracciones de Silvina Bullrich. Y además salen al debate público y lo discuten desde estos

posicionamientos. Para el ámbito de la academia, particularmente quienes trabajan el aspecto laboral, ha sido un problema real el poder empezar a definir qué hace esta gente. Si trabaja o no trabaja. Depende también con el enfoque teórico con el que mire. Obviamente nosotros, con nuestro posicionamiento teórico, rápidamente ubicamos en qué ámbito del ciclo del capital están ubicados, dentro de qué ámbito al interior de la estructuración están ubicados, y por supuesto que sí es un trabajo, y es un trabajo que hacen por cuenta propia.

Carla Bertotti: además para pensar esta cuestión acerca del trabajo cartonero como cuenta propia, habría que introducir varias variables. El mundo de los cartoneros es un mundo muy heterogéneo, por ejemplo no todos los cartoneros venden a acopiadores todos los días. Hay muchos que acopian material antes de vender, y que utilizan el tren para llevar a su casa lo que juntan durante toda la semana, y venden luego al acopiador, que no necesariamente es siempre el mismo. Hay otros grupos, más pobres, que necesitan vender todos los días. Otra cuestión a tener en cuenta son los carros. Está el que tiene el changuito del supermercado, pero además se consiguen carros con más capacidad de carga que –hay una variabilidad de carros y diseños- van desde los 80 a los 200 pesos. Hay que disponer de ese dinero, y del dinero para pagar el boleto del tren (entre 10 y 15 pesos el boleto quincenal de acuerdo a la línea). De modo que, cuando consideramos todas estas variables, la relación con el acopiador, la posesión y tipo de carro, la posibilidad de acopiar, entre otras, nos permite pensar a este trabajo como un trabajo cuenta propia. Sin embargo, como se viene diciendo, el mundo del cartoneo es muy heterogéneo y hay acopiadores que alquilan carros a cartoneros. En estos casos se podría pensar en una relación salarial encubierta: tiene que ir al acopiador a alquilarle el carro, o algunos se lo prestan, a condición de que le vendan a él lo que juntan. Pero en general diría que es un trabajador por cuenta propia, que se procura su carro, acopia en su casa, más del 60% acopia en su casa...

Verónica Mundt: y en ese sentido también hay una heterogeneidad enorme de formas organizativas muy reducidas al ámbito familiar, en general todos trabajan con las familias, salen los hermanos, las hermanas, los maridos, las esposas y los niños, o tienen formas de organización donde una de las mujeres queda a cargo de los hijos de todas y los demás van a trabajar. Y en este sentido van desde estas formas de organización familiar hasta formas que quizás son chiquitas pero que sin

embargo, por ejemplo, acopian entre varios juntos, durante una semana, en un lugar, en un galpón, varias familias juntas, y entonces por volumen pueden pelearle un mejor precio al acopiador. Desde estas formas de organización familiar hasta las cooperativas en la Ciudad de Buenos Aires, por ejemplo la Cooperativa El Ceibo, que está por Flores. En este sentido también hay una enorme heterogeneidad.

A mí me parecía interesante algo que aparecía en el trabajo de Carla Rodríguez y que también aparecía en el nuestro, que es esta posibilidad de ciertas formas de articulación sociopolítica a través de intervenciones legales del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. En tu trabajo, Carla, aparecían estas dos leyes, y en el caso de nuestro trabajo nosotras fuimos a una de las audiencias que hizo el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires con todos los interesados en el tema del negocio de la basura, antes de que saliera la Ley 992. Y me parecía interesante, para empezar a pensarlo, que existen estos pequeños intersticios en organismos de gobierno que siguen permitiendo o posibilitando nuevas formas de organización social. Ya sea en tu trabajo en el sentido del acceso a la vivienda, o en nuestro trabajo, permitiéndole a las empresas cobrar por área limpia, de alguna manera cierra el debate público acerca de si los cartoneros roban o no. Porque si la empresa cobra por área limpia y no por tonelaje, en realidad no está robando nada, porque ellos juntan papel, cartón y botellas, y después la empresa viene y levanta la bolsa. Me parecía interesante en este sentido cómo juega acá el gobierno, un organismo político.

Carla Rodríguez: A mí me parece que efectivamente el Gobierno local es un ámbito interesante, y que la posibilidad de que se desarrolle normativa acorde a las necesidades de los grupos de sectores populares tiene que ver con el estado de desarrollo de la organización. Si yo recapitulo lo que pasa en la normativa, es así, esta normativa existe por tales y cuales grados de organización de los distintos sectores interesados. Incluso con la actividad del cartoneo, que es tan nueva, también, porque es un mundo muy heterogéneo, muy fragmentado, donde no obstante a partir de la crisis hay también algunos desarrollos de formas organizadas.

Yo lo que les quería preguntar es si acaso donde hay mayor organización en los barrios en torno a la actividad del cartoneo, donde se han formado cooperativas, esa visualización respecto al trabajo no varía, si no han empezado a visualizar que esto es un trabajo, aunque sea transitorio o no, o qué papel económico ellos ocupan dentro de ese circuito productivo, los acopiadores es un circuito de capital...

Mercedes Vega Martínez: claro, nosotros no nos cruzamos con gente de cooperativas en el desarrollo tanto de las encuestas que hicimos, ni en las entrevistas. Entonces, esto nos da la pauta que la gran mayoría de la gente, primero, no está organizada, cosa que implicaría ciertos niveles de conciencia. Lo que tratan, en general, es de despegarse de todo tipo de organización, posiblemente por sus condiciones de transitoriedad. Esto por un lado. Por otro lado, la gran mayoría es gente pobre, muy pobre. Entonces tiene un discurso malo, pequeño, tienen muchas dificultades. Tienen por un lado la necesidad enorme de hablar pero por otro lado una dificultad muy grande en ponerle palabras a esta necesidad. En general la mayoría de las veces esta forma de expresión se queda en la queja, y la queja no accede al lugar de la demanda concreta. Esto marca un estadio en sus niveles de conciencia, y por otra parte en los niveles de expropiación, con unos mundos simbólicos muy reducidos. No piensan en si son parte de un circuito, en realidad están mucho más urgidos por la cuestión cotidiana, porque además lo que sacan (nosotros logramos hacer una estimación) es muy poco por día. Acopian por día o por semana, son cantidades dinerarias muy pequeñas, y para lograrlas tienen que trabajar mucho. Por supuesto que en algún lugar existe la idea de que ellos son parte de algo que se mueve a gran escala, pero no ha aparecido para nosotros en la investigación ningún indicio de que manejen los niveles y la magnitud de lo que se mueve detrás de las selecciones de la recolección que ellos hacen. Más bien es la cosa inmediata.

Carla Bertotti: en este sentido, en nuestro trabajo de campo realizamos observaciones participantes en los acopiadores, que es un lugar, supuestamente, de reunión, que habilitaría el intercambio. Sin embargo, los cartoneros llegan allí, muchas veces seleccionan y ordenan lo recolectado, y luego, hacen cola esperando su turno para pesar el material. Todo se realiza en silencio, o con el mínimo intercambio posible entre ellos y con los empleados del acopiador. Por ejemplo, en el momento del pesaje, el cartonero pone sobre la balanza el material, el empleado hace la cuenta de lo que corresponde en dinero y le entrega un papelito con el importe para que luego el cartonero pase por la caja a retirar dicha suma. Toda esta operatoria sin mediar ninguna, o escasas palabras. Se siente una tensión brutal en el ambiente. Es evidente el cambio de actitud y disposición de los cartoneros por fuera de este espacio. En otros lugares de espera como en el andén, o los alrededores de las estaciones de tren, en los cuales hay posibilidad de reunión,

los cartoneros se manifiestan dispuestos al diálogo. Hay un bullicio constante, hay intercambio, se reúnen, se ayudan a ordenar los carros. No es casualidad que los grupos de cartoneros que utilizan el tren como medio de transporte hayan logrado ciertos niveles de organización. Pero el mundo cartonero es mucho más grande y heterogéneo, por lo que les resulta muy difícil organizarse y componer el circuito completo del cual participan.

Mercedes Vega Martínez: sí, pero fundamentalmente no aparece en el discurso la idea de la magnitud de lo que se mueve. Están ajenos a eso, por lo menos en este estadio, que es absolutamente de consolidación y de institucionalización de este modo de trabajar.

Edna Muleras: ese modo de comercialización me vino a la cabeza la figura del trabajo a destajo, con lo cual me preguntaría por la figura del cuentapropismo.

Carla Bertotti: claro, pero cuando se les pregunta, "¿Por qué venís a este acopiador?" te responden o porque es el que queda más cerca de la estación, o porque es el que mejor paga, pero no tendría ningún problema en cambiar por otro. No se establece, en general, una relación fuerte con el acopiador. Incluso entre los cartoneros que acopian en sus casas, registramos también cierta indiferencia respecto al acopiador, que en estos casos pasa por los barrios con una camioneta con su balanza recolectando lo acopiado. Lo que en general determina la relación es el precio que se paga por el material, nada más.

Edna Muleras: ¿Pero de quién es la camioneta y la balanza?

Carla Bertotti: de un acopiador cualquiera.

Mercedes Vega Martínez: los acopiadores tienen también su propio circuito. El acopiador ve que en determinado barrio, asentamiento, etc., la gente viene y acopia, y después sale a vender, entonces ofrece: yo pongo la camioneta, no lo tenés que sacar, yo voy, vendémelo a mí. Entonces les hacen trampa, les pesan mal. Entonces ellos si les conviene venden a ese acopiador, si no puede haber otro que ponga camioneta. Lo cambian.

Carla Bertotti: una de las principales razones, que surgen del propio discurso de los cartoneros, por las cuales se comenzaron a constituir las cooperativas es que los acopiadores les robaban en el pesaje del material. Dicen entonces: “nos juntemos, compremos una balanza industrial, lo pesamos nosotros, nos alquilamos un flete y lo vendemos nosotros a las papeleras”.

Edna Muleras: pero siempre surge de una situación defensiva.

Carla Bertotti: Bueno, no es la experiencia en otros momentos históricos, donde la organización en cooperativas surgió no de situaciones defensivas sino ofensivas. Pero a partir de los 90 la mayoría de los movimientos y organizaciones autogestionarias tienen carácter defensivo, surgen a partir de la crisis que atraviesa al sector productivo, especialmente a las pymes. En el caso de las cooperativas de cartoneros, a las cuales hemos tenido acceso, se conforman a partir de esta situación defensiva: evitar el robo de los acopiadores. Que luego, a partir del trabajo en la cooperativa y el establecimiento de nuevas relaciones entre ellos, y con las empresas acopiadoras mayoristas o papeleras, se resignifica la organización en cooperativa y va adquiriendo otras características. Pero el comienzo de este tipo de organización es relatado por ellos de esta manera: “Ahorrarnos y compramos una balanza industrial”, y así empezó la cooperativa El Ceibo.

Mercedes Vega Martínez: a mí me queda una pregunta: en el sondeo que ustedes hicieron, en el cuestionario que desplegaron allí en San Cayetano: ¿hay alguna pregunta que les diera a ustedes una idea de los niveles de sindicalización de la gente de las colas?

Edna Muleras: en el año 94 el cuestionario que se aplicó tenía todo un bloque de preguntas en relación a la participación sindical.

Mercedes Vega Martínez: ¿y esto no planteó diferencias en las menciones..?

Edna Muleras: no lo hicimos en todos los años, así que no podría contestarte. Lo que sí sé es que en el 94 era nulo, o muy bajo.

Carla Bertotti: ¿en el cuestionario, se indaga acerca del discurso y estrategias de la Iglesia en relación a la cuestión del círculo de la promesa? En el discurso propio del entrevistado a veces se registra una relación con el discurso dominante, con el discurso de la Iglesia...

Edna Muleras: es un capítulo muy importante, por supuesto que pensar que este proceso surge solamente a partir de la entidad social y cultural de un conjunto de trabajadores o ciertos grupos sociales en los cuales no hay ningún tipo de intervención institucional o social de otros ámbitos, y en particular la Iglesias, sería como ingenuo. O sea que sería una retroalimentación permanente entre lo que tiene que ver con la "espontaneidad" de hacerse presente, que en principio es una decisión personal -igual aclaro que en cuanto al origen de la participación nosotros sabemos que pesa mucho en el haber empezado a ir la red familiar en la que está involucrado el asistente, el devoto. Más que la pertenencia a instituciones educativas religiosas o vínculos participativos en la iglesia o parroquia. Lo que pesa en el comienzo de "cómo usted empezó a venir, cómo llegó a este santuario", tiene que ver con las redes personales de los vínculos familiares más cercanos. Luego está el tema de cuál es la relación de la iglesia católica argentina con la clase obrera y cuál es la función del santo del trabajo en esta relación. Eso es muy interesante pero no podría en cinco minutos hacer una síntesis de esto. De todas formas sí es interesante entrevistar a los distintos párrocos de San Cayetano, nosotros lo hicimos en distintos momentos temporales. Una aclaración es que aquellos que fueron párrocos de San Cayetano en los últimos 20 años luego ascendieron en la jerarquía eclesiástica, son obispos. O sea, ese es un lugar clave, estratégico, precisamente por su vínculo con la clase obrera. No es un sitio cualquiera. Esa parroquia, estar a cargo de esa parroquia, por el tipo de identidad, el carácter social de la masa que convoca.

Carla Bertotti: mi pregunta apuntaba, en relación al discurso, sobre todo por el cambio que se había registrado en los asistentes, del 94 al 2001. Porque vos preguntás: ¿qué pasó con la conciencia sacralizada?, y me pregunto ¿qué despliegue por parte de la Iglesia se pone en funcionamiento que cambia el perfil de los asistentes, qué pasa?

Edna Muleras: Cuando se les pregunta a los párrocos de San Cayetano quiénes son, socialmente, los que asisten, ellos intentan enfatizar el pluriclasismo del

evento: la Iglesia es el reflejo de la sociedad en su conjunto. Esto tiene que ver con una tradición tomista, comunitaria, de arrastre. Más allá de las distintas vertientes de la iglesia, porque la Iglesia es una cosa muy compleja, con muchas líneas ideológicas que coexisten y confrontan, por supuesto no es algo unívoco. Pero tanto en los 90 como en el 2001 en las entrevistas que hicimos a los párrocos que conducían el santuario enfatizaban esta condición. Y al mismo tiempo señalaban que para ellos la presencia de los trabajadores era un hecho de significativa importancia. Cuando se les pregunta si hay modificación, si asisten otros, desde su olfato, desde su impresión, enfatizan la presencia de las clases medias empobrecidas, como algo que ha variado. Aparentemente no tienen mucho registro empírico concreto, podrían hacerlo perfectamente, pero por lo menos niegan la existencia de algún registro empírico de los asistentes realizado por la iglesia, Desde nuestro análisis habría que relativizar un poco. Es cierto que aparecen ocupados en algunos servicios, pero el protagonista del proceso tiene que ver con asalariados y cuentapropias, trabajadores de no muy altas calificaciones, y ese es el perfil, digamos.

Verónica Mundt: Una cosa interesante sobre los trabajos y este encuentro, tiene que ver con en un punto los tres trabajos registran micro procesos de organización sociopolítica, de organizaciones socio comunitarias, socio económicas, que se pueden empezar a percibir debajo de una superficie aparentemente estática. Como si estuviéramos todavía con los coletazos de la crisis, y esperando lo que sigue y lo que viene. Y debajo de esta superficie empezamos a notar estos pequeños procesos para algunos sectores y algunos actores, o algunos sujetos sociales muy particulares, pero que empiezan a generar procesos nuevos de constitución. Me parece que podríamos pensarlo de esta manera, tanto respecto a los cartoneros como a los movimientos de ocupación de edificios o en relación a este nuevo perfil de los asistentes a San Cayetano, que ha variado tanto de la década pasada a esta.

Carla Bertotti: una preocupación para pensar que surge no sólo de este encuentro sino del II Congreso Nacional de Sociología del 2004, es la cuestión de la heterogeneidad de los procesos. En el mismo sentido que decía Carla Rodríguez, en general nos encontramos con numerosos reparos acerca de la heterogeneidad de los procesos, que pareciera excusar a los científicos sociales de asumir algún posicionamiento respecto al proceso en cuestión. No se trata de obviar la

heterogeneidad sino de tratarla también como un problema en sí mismo que implica la difícil tarea de articular los micro procesos.

Mercedes Vega Martínez: Los trabajos están focalizados sobre fracciones sociales numerosísimas muy empobrecidas, y de alguna manera (dependiendo también de la mirada) se puede plantear una cierta homogeneidad y una cierta realidad particular, propia de la crisis y de las condiciones en que estos procesos se dan.

Carla Rodríguez: a mí también me parece interesante tu afirmación, porque se trata de los usos diversos de la heterogeneidad. Una cuestión es ser prudente en las afirmaciones de los procesos que se están visualizando, y otra es hacer afirmaciones del tipo de “porque los sectores son heterogéneos entonces los procesos de individuación son ineludibles. Y la sociedad seguirá fragmentándose, por toda la eternidad”. Es una tendencia que ha habido, yo creo que ahora hay una vuelta de eso, de ese pensamiento. Y probablemente la heterogeneidad social es un plano de la reflexión y otro plano es la articulación de procesos sociopolíticos. Son dos planos distintos. Y a veces parece en algunas interpretaciones que se usa de excusa la heterogeneidad porque a los científicos sociales nos da mucho miedo tomar nuestro rol de ver qué tenemos que ver con lo otro, de la política, cualquiera sea el lugar que elijamos tomar.

Trabajo y transformaciones en el mundo del trabajo

Conversaciones entre Pablo Barbetta, Julián Rebón y Agustín Salvia

Bajo el título "Trabajo y transformaciones en el mundo del trabajo" el Comité Editorial de **Argumentos** convocó a los investigadores Pablo Barbetta, Edna Muleras, Julián Rebón, María Carla Rodríguez, Carla Bertotti, Verónica Mundt y Mercedes Vega Martínez y Agustín Salvia para intercambiar opiniones sobre los *adelantos de notas* que cada uno había escrito por expreso pedido del Comité sobre este tema. Para facilitar el diálogo se decidió realizar las conversaciones en dos grupos. De esta forma se reunieron por un lado tres artículos que dentro de la temática del trabajo hacen hincapié en los movimientos sociales que tienen incidencia en la construcción de subjetividad; por el otro lado el artículo marco acerca del mundo del trabajo en la década del 90 y dos experiencias sectoriales, una en el sector industrial y otra en el sector rural.

La versión completa de los *adelantos de notas*, que sirvieron como elementos disparadores para la discusión crítica que se transcribe a continuación está incluida en el número 4 de la revista **Argumentos**. Ellos son *Crisis del empleo y nueva marginalidad en tiempos de cambio social. Génesis de una catástrofe anunciada* de Agustín Salvia, *¿Empresas de trabajadores* de Julián Rebón, y *Nuevos emprendimientos socioproductivos ante la crisis* de Pablo Barbetta.

Estas *conversaciones* se desarrollaron el 14 de abril de 2005 en el Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, UBA.

Las *conversaciones* constaron de tres partes, en la primera cada autor expuso su mirada en torno al tema planteado, retomando los ejes centrales desarrollados en su adelanto de nota, en la segunda, realizó una lectura crítica y señaló diferencias en relación con las exposiciones y los *adelantos de notas* de sus colegas, y, en la tercera, a partir de un diálogo menos pautado se intercambiaron puntos en común, aclaraciones, objeciones, defensas y críticas.

Agustín Salvia: Un punto de partida es pensar en los cambios que están ocurriendo en nuestro país en clave de crisis. En primer lugar, considero que corresponde que nos ubiquemos en la Argentina de principios de Siglo XXI, en términos de las condiciones económicas y político institucionales por las que el país

está atravesando, después de ciclos de profundas crisis económica y políticas, de una dinámica económica e institucional que ha dejado marcas estructurales muy importantes en términos de pobreza, desempleo y concentración del ingreso. Todo esto deja ver un proceso inconcluso en cuanto a la falta de un modelo viable de organización capitalista para el país. No sólo me refiero a las políticas económicas de la década pasada, en términos de intentos de reformas económicas y del Estado, sino de un proceso de crisis y de decadencia del capitalismo argentino que lleva más de 30 años, no sólo en el régimen de acumulación sino también en el régimen de dominación y control político. Esto se expresa en una profunda crisis de legitimidad y de valores ciudadanos.

En tal sentido, sostengo que lo que surge como una importante movilización de actores sociales en favor de la autogestión política y económica, de discursos cargados de un sentido progresista en cuanto al cambio social, a las posibilidades de organización del campo popular y a las posibilidades de enfrentar un nuevo escenario histórico de transformación, debe ser matizado a la luz de un proceso histórico complejo y de más largo alcance. En primer lugar, cabe mencionar el agotamiento de modelo de crecimiento industrial basado en el mercado interno, lo que explica la actual crisis del empleo y de las instituciones reguladoras del mercado de trabajo. En segundo lugar, la crisis del sistema de dominación política, cualquiera sea su forma: democrática o autoritaria. Este sistema de dominación bien puede ser definido como un sistema de legitimación basado en una organización corporativa, siendo su crisis justamente una de las claves con la cual puede ser leído el nuevo escenario de movilización social y popular.

De esta manera, los procesos de cambio social –donde la actual conflictividad social es un emergente más- están fuertemente determinados por una profunda crisis del modelo de país fundado en el crecimiento industrial, el pleno empleo, el trabajo asalariado y el modelo cultural asociado a ese tipo de contrato social. La explicación de este proceso, reitero, no debe buscarse no en las políticas de la última década sino, en primer lugar, en el proceso de transformación de la economía mundial y los cambios tecnológicos y, en segundo lugar, en la incapacidad del capitalismo argentino y sus clases dirigentes –en ese contexto global- de conducir un proyecto viable de acumulación y desarrollo económico y social. En este contexto, las grandes corporaciones económicas, las grandes corporaciones internacionales y los grupos financieros, han ido ocupando el lugar dominante a nivel de la reproducción económica y del mercado de trabajo. En ellos, como es sabido, no hay un proyecto de país vinculado a su existencia sino un

proyecto económico corporativo. En este sentido el problema de nuestro subdesarrollo no está en los actores externos, sino en los sectores y actores nativos incapaces de proveer un proyecto de país sustentable.

De esta crisis del modelo industrial y del modelo institucional corporativo no emergió un ejército industrial de reserva sino una masa social de marginados que más allá de que puedan o no presionar en ciertas condiciones o coyunturas económicas sobre el resto de los trabajadores en función de bajar salarios, dividir la fuerza de trabajo, etc., quedan cada vez más desplazados del circuito capitalista de producción, comercialización y distribución, quedando obligados a ocupar espacios de subsistencia individual o colectiva: los llamados circuitos de la pobreza. Tales circuitos son capaces de generar modos de reproducción autónomos, en los márgenes del mercado y de los espacios públicos regulados legalmente por el Estado. Estos circuitos constituyen generalmente formas colectivas o individuales de subsistencia frente al desamparo del circuito de acumulación y de las políticas económicas del Estado.

Es partiendo de este contexto que sostengo que los nuevos actores y sectores ubicados en llamada economía social y los movimientos de autogestión asociados a estas variadas formas de organización económica, deben ser leídos como "economías de la pobreza", es decir, como economías de la subsistencia, siendo su principal matriz de identidad no la autonomía ni la libertad sino la necesidad de sobrevivir, quedando para ellos obligados a demandar y negociar ante el Estado y ante el mercado capitalista estructurado un espacio marginal de sobrevivencia –cada vez menos conflictivo- para la reproducción del sistema económico y del sistema político. Muy lejos todo esto de un proceso que abra la puerta a un nuevo actor político o económico que transforme el modelo político o económico dominante.

Para cerrar en este punto: a mi juicio, la clave para entender el actual proceso de cambio social y político relacionado con estos nuevos actores que ocupan espacios económicos no estaría en el mayor protagonismo de los sectores desplazados ni en la fuerza o alcance que asumen sus acciones políticas, sino en la capacidad de negociación y de legitimación que mantienen las clases dominantes y los sectores dirigentes de nuestro país, los cuales no fueron desplazados –ni parece que lo vayan a ser- del control del sistema político-económico, más allá de los 30 años de decadencia y de las últimas catástrofes económicas.

Julián Rebón: la pregunta que nos convocaba era en qué medida en los sectores populares había una alternativa a la crisis. Más allá de los diversos intentos de diferente tipo que ha habido, sobre todo en el momento más fuerte de la crisis capitalista en los últimos años, yo me voy focalizar en lo que más conozco y vengo investigando, que es el proceso que se ha denominado recuperación de empresas. El mismo involucra un conjunto heterogéneo de experiencias, en el cual asalariados de empresas en crisis -cualquiera sea el carácter de ésta-, han avanzado en la dirección total o parcial de la producción. Esta desobediencia al desempleo (el destino que carácter social dominante había asignado a estos trabajadores) tiene su factor explicativo, o su factor estructurante, en la misma crisis capitalista, la cual pone en crisis las condiciones de reproducción de distintas identidades. Esta crisis, que asume diferentes dimensiones en las distintas escalas de lo social, crea las condiciones para una nueva forma de articulación de identidades sociales. El espacio en el cual se da es el espacio de pequeñas y medianas empresas industriales en proceso de abandono productivo, ya sea este parcial o total. El perfil de los trabajadores involucrados es el de trabajadores estables, con una estructura etaria envejecida, o relativamente envejecida, con niveles de antigüedad, que ocupan puestos de trabajo de baja calificación, y que tienen cierta experiencia previa en organizaciones sociales o procesos de movilización colectiva, más allá de que estos niveles no sean lo dominante en esta fracción. Ahora bien, este proceso que tiene su base en esta fracción social es atractor, concentra la solidaridad de distintas identidades. De algún modo van a construir objetivamente una embrionaria alianza social. Ya sea con las capas medias en ese momento movilizadas, en asambleas u otras formas, la solidaridad vecinal, los piqueteros, u otros tipos de movimientos sociales. Al mismo tiempo encuentran en ese período de crisis el apoyo, por diversas razones, de fracciones de la clase política. Ya sea por cuestión de la historia particular de ciertos cuadros del Gobierno de la Ciudad, del Gobierno de la Provincia, o por razones de conveniencia política, estos procesos reciben cierto apoyo. Apoyo obtenido, es verdad, a partir de la confrontación, a partir de la presión por parte de los actores. Pero objetivamente se los apoya, sobre todo en el tema de la cobertura legal, aunque esta asuma un carácter temporal, limitado.

Ahora bien, hay una variable interviniente que nos parece central para destacar estos procesos, que es el tema de los destacamentos promotores o los activistas. Esto, si bien no es el elemento explicativo, en tanto destacamentos de este tipo preexistían a estos procesos -de hecho en el 80 hubo en la zona sur de

Buenos Aires, la Unión Obrera Metalúrgica de Quilmes llevó a cabo un conjunto de experiencias de este tipo-, es la crisis el proceso que permite que estas identidades pueden expandirse y desarrollarse. En esta se crean las condiciones favorables para que estos promotores intervengan y desarrollen su experiencia. El proceso, entonces, no es espontáneo, no se restringe a los colectivos laborales. Estos cuadros en su gran mayoría son cuadros que no preexistían en la empresa anterior, la empresa fallida, son cuadros que se incorporan y traen experiencia acumulada, un conocimiento indirecto que aportan para que el proceso se desarrolle. Recursos materiales, recursos intelectuales, o recursos morales, legitiman esta posibilidad de avance. Entonces el proceso no es espontáneo pero tampoco es una inducción: es un proceso semi espontáneo, fruto de una crisis en el cual unos destacamentos logran desarrollar y construir una forma social viable que articule diversas identidades. En lo inmediato yo considero que estos obreros han ganado en autonomía, en grados de libertad, y en algunos casos en grados de unidad, proporcionando una herramienta que puede ser instalada en la caja de herramientas de la clase obrera ante situaciones de abandono productivo. Obviamente en un contexto en el cual hay una recomposición capitalista de la crisis las alternativas para su uso se ven restringidas. No obstante, pueden seguir funcionando para determinados procesos. Y también como amenaza en empresas que no abonan salarios en tiempo y forma. Por otra parte, queda instalada a futuro, para enfrentar crisis futuras, al estar instalada como alternativa.

Por otro lado, estos trabajadores esbozan, sin pretenderlo, una crítica socioproductiva al capitalismo. Cuando se empieza a avanzar sobre la producción, la unidad productiva no asume un carácter capitalista. En la misma no hay un consumo productivo de fuerza de trabajo asalariada. O al menos esto no es lo dominante, cuando lo hay. No obstante, es verdad que el proceso de trabajo mantiene y prolonga muchas características de la antigua empresa. No todas. Este no capitalismo no supone anticapitalismo, en tanto el desarrollo de un proceso que desate una vulneración de las condiciones de dominación en el sistema en general.

Y no es ninguna novedad que, pensando en el largo plazo, el modo de crecimiento del capitalismo genera permanentemente contradicciones inmanentes de muy diversos órdenes y escalas. Y que la resolución de estas es en definitiva la expansión del capitalismo, pero al mismo tiempo la resolución inmediata puede adquirir formas que en el principio no son capitalistas, que pueden desarticular la normatividad dominante. Pero hasta ahora históricamente el capitalismo ha mostrado una gran capacidad para subsumir estas resoluciones no capitalistas en lo

inmediato. Subsumirlas e incorporarlas. Y de algún modo controlarlas, funcionalizarlas. Haciendo una mirada desde la sociología crítica, la pregunta es ¿en qué medida uno puede colaborar en que la historia no sea permanentemente la reiteración del pasado? Pensándolo también en términos de larga duración. ¿A qué me refiero con términos de larga duración? Yo quiero convocar ahí a la reflexión, y creo que el enfrentamiento al carácter capitalista de las relaciones sociales constituye un proceso de muy larga duración, cuya posibilidad de trascendencia depende de atacar el núcleo estructurante del campo de producción. El conocimiento, a mi entender, puede favorecer que cada nuevo esbozo de crítica productiva no se base en el ensayo y error, y tenga más chances de acumulación. Y de algún modo que estas experiencias sean capaces de nutrir a las nuevas. Obviamente, esto puede implicar que en el corto plazo estemos ante muchas de las alternativas que critica Agustín en su artículo. Pero esto es parte de la discusión posterior...

Pablo Barbeta: En cuanto a los emprendimientos productivos, necesitamos analizar los procesos que se dieron en el agro. Si uno dice "nuevos emprendimientos" es necesario determinar aquello que es "viejo", o en todo caso analizar qué tienen de nuevo esto que llamamos nuevos emprendimientos socioproductivos. En las experiencias organizativas durante el modelo de industrialización por sustitución de importaciones, el ISI, el estado cumplía un papel importante en la creación de asociaciones gremiales. Podemos citar, entre otras, UATRE, FOTIA, la Cooperativa de Campo de Herrera, FACA, que es el movimiento cooperativo ligado a federación agraria. Pero como se marca en muchos trabajos, este modelo articulado se empieza a desarticular a partir de la década del 70 y en la década del 90 hay una profundización de esa desarticulación. En el agro supuso la disminución del número de explotaciones, el incremento del tamaño medio promedio de las exportaciones agropecuarias, la intensificación de la capitalización en los procesos productivos, y la disminución del empleo rural. Por otra parte, aumentaron los márgenes entre los precios mayoristas y minoristas reflejando la creciente influencia del supermercadismo, que en definitiva contribuyó a que bastos sectores sociales redujeran sus consumos alimentarios, y cuya expresión son los índices de pobreza e indigencia. Esta situación alcanzó tanto a población rural como urbana. En este contexto el estado implementó una serie de programas para atemperar los efectos del ajuste, Cambio Rural para medianos productores, y el Programa Social Agropecuario, para los más pequeños. El objetivo de estos

programas era lograr una mejor integración a través de la promoción de formas asociativas. Durante la década del 90, en términos políticos, las acciones colectivas de protesta llevadas a cabo por diferentes actores reclamaban mayormente la acción del estado como algo exterior al modelo económico vigente y a posteriori cuando algo había fallado. Sin embargo, la intensificación de la desigualdad social, unida a un incremento de la pobreza y de la polarización social, y la degradación de la educación y de los servicios de salud, diluyeron, paulatinamente, la capacidad del Estado para articular los intereses y demandas de los distintos grupos sociales. Justamente ante este estado sobre-exigido que ya no podía reestablecer el orden como lo había hecho antes, muchas organizaciones, aparte de lograr espacio público reclamando por sus derechos, empezaron a articular sus estrategias políticas con emprendimientos productivos. Los casos que cito en el trabajo, el Movimiento Campesino de Santiago del Estero, el Movimiento Agrario Misionero, que estas organizaciones tienen la particularidad de situarse por fuera del sistema institucional formal, de los partidos políticos, de los sindicatos, y buscan romper y superar las reglas de juego del sistema haciendo hincapié en una lógica de acción institucional que fomenta las formas autoorganizativas. A nivel productivo plantean una ruptura con el modelo agropecuario vigente. Se trata de proyectos productivos sustentables, tanto a nivel económico como social y ecológico, que buscan garantizar la soberanía alimentaria de las comunidades. Además, intentan conformar redes de comercio justo, donde el intercambio social lo determinante es el valor del trabajo incorporado al producto, y no su precio de mercado. Por otro lado también es interesante ver cómo estas experiencias que se enmarcan en el ámbito rural tratan de trascender el mero espacio de la comunidad local buscando articularse con la ciudad a través de las redes de comercio justo, un ejemplo es La Asamblearia, o la experiencia del Movimiento Campesino de Córdoba, que conformó una red de comercio justo con la ciudad de Córdoba.

Agustín Salvia: Según entiendo, se sostiene que estas acciones económicas de "alternativa" llevadas a cabo por actores sociales desplazados, sea en el espacio urbano o en el espacio rural, constituyen una afirmación de la autonomía obrera o de los productores frente al sistema económico dominante; y que, en algún sentido, estas acciones socavan elementos político institucionales y marcos normativos del sistema capitalista, degradando o desgastando de alguna manera el marco regulatorio de ese sistema. Al mismo tiempo, se sostiene –en particular Julián Rebón- la marca en la conciencia colectiva que deja la experiencia obrera, que más

allá del éxito o fracaso del devenir de todo esto, constituye una marca histórica que podrá ser o no recuperada en el proceso de la lucha social.

Hasta aquí es como yo interpreto las dos lecturas. Ahora bien, aceptando incluso que los procesos son polivalentes y que todo esto puede ocurrir en el marco del desarrollo histórico, creo que el mejor aporte científico que se puede hacer a un cambio progresista es sostener una visión más crítica y menos ingenua de lo que está ocurriendo en la dinámica social. El resultado de las investigaciones empíricas que hemos hecho analizando las trayectorias y experiencias subjetivas en distintos segmentos o grupos sociales que sobreviven en el espacio de la marginalidad (incluidos trabajadores de empresas recuperadas y de movimientos piqueteros), deja como resultado un predominio de comportamientos fundamentalmente basados en reglas de reciprocidad, que si bien logran realizar un espacio de subsistencia y de contención frente a la crisis, son experiencias con alto grado de instrumentalidad individual y de atomización institucional, muy poco cargadas de un sentido político-ideológico o valorativo en cuanto al valor de lo colectivo por sobre la subsistencia económica. Más allá de la forma colectiva que asuman, y de los discursos que porten o quieran instalar los "destacamentos" de promotores que generalmente aparecen conduciendo estos procesos.

Una lógica de la reproducción domina las acciones de los trabajadores que participan de estos proyectos, por sobre cualquier otra intención o voluntad política, por sobre cualquier discurso que intente elevar tales prácticas a un escenario de lucha y transformación económica o política. No se trata de actores ideológicos, más allá de lo que quieran sus promotores, sino de actores fuertemente devaluados. Es decir, actores que, por una parte, desarrollan formas colectivas de acción sólo como un medio para la subsistencia y no para el desarrollo de un proyecto alternativo de sociedad; y, por otra, se trata de actores que se encuentran totalmente sometidos a la capacidad de confinamiento que tiene el régimen de acumulación dominante y el sistema político, el cual no los requiere, no los necesita, siendo incluso capaz de reclutarlos, y que si no se eliminan es porque conviene que sigan estando controlados y subsistiendo bajo los complejos y difíciles circuitos de la pobreza.

Es por ello que creemos que estos actores están lejos de ser un actor social capaz de entrar en el escenario político con la fuerza de la transformación social. Se trata de sujetos marginados -ya sea por sus propias estrategias o por la estrategia del estado. No sólo ahora, sino incluso en los momentos más conflictivos de la

última crisis. Constituyen un conjunto de actores que quedan recluidos o auto recluidos, en los márgenes del sistema, sin que tampoco puedan ser definidos como excluidos. En el mejor de los casos, estos actores pueden llegar a ocupar –como en algunos casos lo han hecho- un espacio marginal en la acumulación capitalista y en el sistema político, pero esto sólo en la medida que asuman las reglas de productividad y de disciplinamiento que requiere el mercado y el sistema político. Si lo hacen, pueden mejorar sus capacidades de subsistencia; si no lo hacen, resultan confinados a una más difícil existencia económica, por lo general, con muy bajo grado de legitimidad y con una cada vez más inofensiva conflictividad. En el horizonte de estos actores –incluso para los destacamentos de promotores- hay un estado de referencia al cual reclamar y con el cual negociar. La gente no le reclama al capitalismo (más allá de que a veces hay unas normas de legitimación que afectan la posibilidad de esos reclamos), no pelean por el cambio de la normativa, sino que pelean por una subsistencia más favorable. Un dato no menos relevante es que no son pocos los casos en donde los promotores quedan de hecho corporativamente vinculados al Estado o terminan siéndolo, más allá del discurso político transformador que intentan instalar.

Julián Rebón: en realidad cuando leí el artículo de Agustín me pareció interesante. El suyo es más generalizador y los nuestros tienen más que ver con experiencias concretas de investigación. Mi primera impresión cuando lo leo es que me gusta, porque no tiende a caer en el campo de la ilusión, en el que muchas veces se cae cuando se analizan este tipo de procesos. Pero cuando lo vuelvo a leer, por momentos me parece que la lectura termina siendo negativa y especulativa hacia los procesos, aunque por momentos no. Y hasta de algún modo me parece que puede llegar a ser injusta, sobre todo alguna de las caracterizaciones que hace. Quizás porque involucra procesos bastante diferentes, no es lo mismo cierto microemprendimiento que una empresa recuperada, que lo que puede ser la experiencia del MOCASE o las experiencias de Misiones, se comparan cosas de muy distintas y diversas escalas. Con lo cual, por ejemplo, la categoría de la nueva economía de la pobreza, uno se pregunta, yo cuando lo veo con mi material de campo me pregunto ¿es justo decir pobres por ejemplo a obreros de una empresa, que ganan por arriba de la línea de pobreza, y además porque han pasado a controlar con mayor o menor grado sus medios de producción, tienen más control sobre el proceso de trabajo, no tienen todo el control pero tienen más control sobre el proceso de trabajo, en relación al estado precedente. Y tienen mejores

condiciones de trabajo. Cualquiera va a una empresa y pregunta ¿cuál es el cambio sustantivo? La tranquilidad de trabajar sin patrón. La calidad de vida que significa estar sin autoridad externa afuera. Al hablar de "economía de la pobreza" ¿no se estará pensando estos procesos desde parámetros capitalistas? Por otra parte yo no veo que estén más fragmentados, al contrario, han construido grados de unidad al interior de la empresa, y muchas veces es el primera vez que se relacionan con otras identidades, como puede ser la identidad del ámbito universitario, como pueden ser otros movimientos. Para muchos de ellos es la primera experiencia en la cual empiezan a discutir procesos de índole política, social, que jamás en su vida habían discutido ni tenido acceso. En este sentido, atribuirle mayor fragmentación, menos autonomía, más alineación, me parece especulativo. No es que esté diciendo que no es trabajo alienado el que se produce ahí, en tanto el trabajo es una actividad externa, se trabaja porque se necesita trabajar. Pero me parece que hay quiebres, rupturas, que a veces cuando uno utiliza un concepto muy general, que abarca distintas experiencias, puede objetivamente ser poco riguroso. Además posiblemente ahí el tema está en el lugar contra el que vos discutís, contra estas hipótesis de la economía social, etc., que vos opinás que de algún modo ven ahí la alternativa social nueva, de una salida al capitalismo argentino. Entonces, obviamente, si uno compara estos procesos con tamaño tarea, obviamente quedan muy chiquitos. Porque es inmensa la tarea. Entonces, reclamarle eso a ellos... Yo no se los reclamo, porque me parece que objetivamente no lo pueden dar. Pero sí tienen otras cosas, otro aporte en la construcción de nuevos cuadros, en la construcción de nuevas experiencias. Que eso sea acumulable en el corto plazo, que implique un salto, me parece que es pedirles demasiado. Pero sí a mí me parece una experiencia tremendamente positiva. En relación al carácter de las confrontaciones actuales, sigue siendo un período, a lo mejor retomo una vieja categoría, en que la lucha de clases, tiene un carácter dominante intercapitalista. A mi entender ninguno de estos procesos logra superar ese carácter. Por más de que este proceso que yo digo que es no capitalista, en algunos procesos muy particulares puede adquirir un carácter anticapitalista. Pero obviamente esto es pendular, no se logra consolidar, no hay condiciones para que se consolide. Pero por ahí va la discusión, o más que discusión, diálogo. Yo adscribo a muchas de las cosas que decís, pero no al modo en que las decís, porque hay una distancia.

Agustín Salvia: Retomo el tema de lo nuevo y lo viejo, que también Pablo señala. Yo creo que experiencias de esta naturaleza no cambian las condiciones político-

económicas dominantes. Ahora bien, con esto no niego que para los actores involucrados todo esto no signifique prácticas nuevas, incluso muy valiosas y útiles –de hecho, es el modo que tienen de subsistir-; pero también creo que para otros actores tales prácticas son degradantes. Es decir que el sentido que los sujetos le dan a sus acciones es múltiple, hay diferentes modos de significar las prácticas de subsistencia colectiva en la pobreza. Por mucho que aparezca una motivación en términos de organización colectiva, esto se sostiene cuando la empresa u organización tiene éxito en su cometido económico. Es decir, cuando hay éxito en la empresa y hay ganancias, todos se ven beneficiados, y yo lo que destaco es esto, el interés fundamentalmente de la fuerza de la racionalidad económica que tienen estos procesos, más allá de los discursos políticos en los cual se los monta. No recuerdo ahora el nombre de la experiencia concreta, pero en una de las empresas recuperadas consultamos al dirigente de esta organización, al promotor dentro del grupo de los trabajadores, si quería que su hijo trabajara en esa empresa, y su respuesta fue contundente: “no, de ninguna manera”. La empresa recuperada no era objeto de una valoración que lo trascendiera. No formaba parte de su herencia, no era un capital valorado. Quería que sus hijos estudiaran, fueran universitarios, entraran a una empresa mejor, mejoraran sus condiciones de vida, y no el presente de deterioro y de lucha que tenía que padecer su padre. Es cierto que es un ejemplo, no es generalizable, porque sin duda también hay promotores y trabajadores muy comprometidos con el proyecto de autogestión.

Reitero la idea de que este fenómeno parte de relaciones sociales que se crean bajo condiciones de desamparo político, económico, social. Estas relaciones que pueden expresarse tanto en la trayectoria de los trabajadores que ocupan una empresa, de la trayectoria de campesinos o productores que se asocian en función de un proyecto, o, por ejemplo -lo pongo en los lugares más marginales- de las trayectorias de autoorganización que logran a veces las prostitutas en los lugares pobres, que logran los feriantes marginales en las colas de feria, la que alcanzan los talleristas ilegales cuando se ocultan en un barrio o villa para producir en forma clandestina y organizar un circuito de producción y de organización, la que logran las bandas de delincuentes. De esta manera, los mecanismos de cooperación y autogestión que operan bajo estas formas de organización, que se supone son una clave para una nueva etapa social o una marca positiva en la historia de la lucha social, constituyen en realidad formas marginales y precarias de existencia social; muchas veces adoptando formas muy poco democráticas, dado que el sostenimiento de la acción colectiva requiere de un poder de tipo corporativo

mafioso. Sí, luchan, pero luchan originalmente desde el espacio de la subsistencia, sin ningún fin político, ningún fin ideológico, sin destacamentos que los organicen en función de algún movimiento político. Claro que son capaces de poner en juego un discurso político, pero ello siempre y cuando se les garanticen mejores capacidades de subsistencia.

Los sectores marginales buscan subsistir, buscan sobrevivir, buscan salir de la pobreza de alguna manera, buscan salir de ese estado de marginalidad, fortaleciendo, sin saberlo, los circuitos de la pobreza. Entonces lo que está en juego son pequeños privilegios, que generalmente se consiguen no con la gran articulación y la gran integración de estos movimientos en un movimiento político y social común, sino en la medida en que cada grupo opere y negocie por separado. El sistema político es funcional en eso y brinda la posibilidad de negociación, reclutamiento, confinamiento, aislamiento... Toda esta lectura me lleva a descreer de la capacidad transformadora de la autogestión de los nuevos actores sociales. No quiero con esto desmerecer a los sujetos involucrados, sino desmistificar la lectura progresista que se hace de ese actor en cuanto a sus capacidades transformadoras, no sólo frente a los que están planteando la posibilidad de crear una economía social como alternativa al capitalismo, sino también frente a la idea de que esto pueda estar socavando de alguna manera al capitalismo argentino. Yo creo que no.

Pablo Barbeta: por lo menos, desde el lado del sector rural, y sobre todo con los movimientos campesinos, hay una gran heterogeneidad en cuanto a este proceso. MOCASE, el MAM, el Movimiento de Campesinos de Córdoba, surgen más como una cuestión política que económica. Surgen a raíz de la defensa de un derecho a permanecer en la tierra que viene siendo avasallado por lo que el corrimiento de la frontera agropecuaria supone. En términos más precisos, la llegada a estas economías regionales de productores, en general del área pampeana, para la realización de cultivos orientados a la exportación, sobre todo soja, supuso el desplazamiento de pequeños productores campesinos con tenencia precaria de la tierra. Entonces, por lo menos en este caso, no descarto que haya otros casos, me parece que la cuestión es primero política, y una vez organizados en defensa del derecho a la tierra surgen estos nuevos emprendimientos productivos, que tienen por objetivo el mejoramiento de la calidad de vida de las poblaciones rurales y que a su vez, buscan asegurar justamente ese derecho a permanecer en la tierra. El campesinado siempre estuvo integrado al modelo agropecuario nacional desde una

posición subordinada. Las cooperativas en las décadas del 70 y del 80 tenían este fin, era integrarlos al sistema agroindustrial pero en forma subordinada. En este sentido, lo nuevo de estas organizaciones es justamente lograr una integración que es de otro tipo, no es la integración subordinada al modelo agropecuario sino que es una integración con el objetivo de lograr una sustentabilidad económica, social y ecológica de las comunidades. A su vez, a nivel regional, intentan avanzar en un proyecto político con otras organizaciones a través la Coordinadora Latinoamericana de Organizaciones del Campo (CLOC) , y a través de la CLOC en Vía Campesina. Es un proyecto político, al cual no sería útil de nuestra parte, imprimirle una direccionalidad. Es, nada más ni nada menos que un proyecto político.

Agustín Salvia: En esto vos confirmás lo que dice Julián, que hay una fuerte presencia de destacamentos de promotores. En ese sentido, coincido con la mirada de Julián de que en todo caso que son tales destacamentos los que le dan a estos movimientos un contenido político, son ellos los que le dan una direccionalidad política. Ahora bien, creo que la función que objetivamente están desarrollando tales promotores -más allá de lo que subjetivamente desearían llevar adelante- es la de mejorar las condiciones de subsistencia y de reproducción de los agentes involucrados. Acá aparece la discusión acerca de si cuando están haciendo eso objetivo no están creando otras prácticas que subjetivamente modifican la capacidad futura del actor social, o están chocando contra instituciones o normas o sistemas o modos de organización que al hacerlo –independientemente de que quieran hacerlo- degradan o debilitan la capacidad del Estado y la economía capitalista de autoregularse. Ahí hay un punto de coincidencia, en general, como posibilidades. Esas son las posibilidades, ahora, cuando miro la evidencia empírica pienso que esas son sólo posibilidades potenciales pero no objetivas. Las prácticas políticas tienden a reproducir prácticas de subsistencia, por mucho que aparezcan como prácticas nuevas. Más que las nuevas prácticas lo que aparece, a mi juicio, son elementos de sentido nuevos, cómo se los lee desde la opinión pública y desde el poder tales movimientos y sus manifestaciones. No es que aparezcan estructuras generales de poder, sino que los medios comunicacionales crean determinados objetos de consumo para la opinión pública cargados con un sentido de generalidad de los cuales los propios actores se valen para fortalecer su capacidad de negociación. No existe “el movimiento de fábricas recuperadas”, ni tampoco “el movimiento piquetero”, existen experiencias y acciones colectivas muy puntuales luchando por reivindicaciones particulares. Esto, más allá de que haya actores

importantes, como ATE, CTA, u otros vinculados a estos movimientos de campesinos, emulando, a mi juicio, algunos movimientos que aparecieron en Brasil, u otras experiencias internacionales. También es cierto que no sé mucho de esas experiencias, pero lo que creo cabe plantear es que no existe un movimiento campesino en busca de apropiarse de la propiedad de la tierra, existe una experiencia de yerbateros que tratan de mejorar sus ventas de producción de yerba en algunos circuitos, y tratan de defenderse de la ofensiva de otros agentes económicos, o en algunos lugares donde la frontera agrícola se expande, defenderse del avance de la soja sobre su tierra. Y aparecen como experiencias puntuales frente a problemas concretos.

Pablo Barbeta: Efectivamente hay gente de la universidad, o de las ONG trabajando en estas organizaciones. Por lo que mi trabajo de campo me indica, es que la ingerencia sobre la organización de estos promotores, como los llama Julián, no es tan grande. Porque en realidad lo que tratan de hacer es generar un proceso de autonomía, de crear un sujeto político. Menciono tan sólo un ejemplo: la explotación de un campesino con tenencia precaria de la tierra en Córdoba estaba siendo alambrada por uno de estos productores que sostenía ser propietario de esa tierra. El Código Civil argentino sostiene que la posesión de la tierra puede ser defendida con igual fuerza por su poseedor veinteañal, en este caso, el campesino. Dentro de la organización se abrió un debate acerca de si desalambrar o no. Y en este sentido, el papel de los técnicos fue muy claro. La decisión debe ser tomada por el campesino. Es decir, es la decisión de los campesinos la que vale y por lo tanto, la ingerencia de los técnicos tiene un límite, que es la toma de decisiones. Y por este lado todas estas organizaciones lo que buscan es crear nuevas formas de hacer política, que tienen que ver no tanto con la representación y la delegación sino con toma de decisiones que tengan que ver con el consenso y con la autonomía de las comunidades campesinas. Si hay un sujeto político campesino, en otras palabras, un movimiento social campesino, es imposible de saber por la gran diversidad de organizaciones que existen. De lo que podemos hablar es de la conformación de redes o espacios de articulación entre movimientos campesinos. Un ejemplo que puedo mencionar es la Mesa Nacional de Pequeños Productores familiares.

Agustín Salvia: El hecho de que se creen nuevos lazos subjetivos en estas experiencias es parte del proceso social. El tema es pensar si esos procesos tienen

significancia política, histórica, más allá de esta experiencia puntual. Hace 30 años cuando había toma de tierras ocurrían estos procesos donde la asamblea decidía si se tomaba la tierra, a nivel urbano. Y más allá de que los actores políticos sean otros, o no -según cómo uno lo evalúe-, estas situaciones en las que los trabajadores de la patagonia se levantan contra los estancieros, o los del Chaco contra las empresas de quebracho, tienen que ver con instancias de socialización y de lazos que van construyendo una identidad en la afirmación de su reivindicación. Y esto no tendría nada nuevo, en nuestro país ni en el mundo. ¿Qué tendría de específico, de distinto, eso hoy? Esta es la pregunta que yo les hago a ustedes.

Julián Rebón: si yo hago una lectura superficial yo siento que vos decís que no vale la pena luchar, porque al final el sistema siempre se impone.

Agustín Salvia: no por ahí por lo menos.

Julián Rebón: esta es la lectura que alguien hace de eso. A ver, cuál es lo original, nuevo, cuál es el aporte significativo para la salida de la crisis del capitalismo argentino. Yo digo: no, por ahí no es la cosa. Uno: Las luchas, cuando se lucha, objetivamente no es que se logra todo aquello por lo que se lucha. Pero es verdad que esta sociedad sería mucho más injusta, más desigual, más inhumana si no existieran estas luchas. Dos: cuál es para mí lo central e interesante que plantea el tema de la empresa recuperada? La posibilidad de avanzar los trabajadores sobre la producción. La posibilidad de empezar a esbozar una crítica práctica a la forma capitalista de producir. Un talón de Aquiles para toda la experiencia anticapitalista a lo largo del siglo pasado: construir un orden socioproductivo alternativo. Esto qué quiere decir: ¿construir un orden socioproductivo alternativo? No, plantean el problema. ¿Podemos conocer más de eso? ¿Se puede profundizar? ¿Se puede incorporar eso a la teoría? ¿Se puede incorporar como herramienta potencial ante otros procesos? Ahora, objetivamente esto ya representa una acumulación y va a expresar algo que va a ser significativo, de acá en más, para la lucha... no, es un desafío construir . Objetivamente lo que hay representado, y ahí me baso siempre más en el nivel de la acción que de la conciencia, porque sabemos de Marx para acá y de Piaget para acá, no tienen por qué estar pegadas, objetivamente han logrado construir, por un período, en el cual la competencia capitalista se había agudizado brutalmente, y había un repliegue del campo productivo, espacios, sin quererlo, sin saberlo, espacios de innovación social. Y han podido defender su

identidad, al precio de tener que transformarla parcialmente. A veces, y ahí viene la tensión con vos, el precio fue alto y a veces el balance final fue positivo. Objetivamente fue más que la reproducción simple de la identidad. En otros es verdad que no han logrado ni siquiera eso. Pero en líneas generales creo que la reproducción fue más bien positiva en ese sentido, están mejor que antes. De hecho, de última habría que hacer la experiencia empírica de ir y preguntarle, hay también el problema de las valoraciones, preguntarle si prefiere volver a la empresa asalariada o prefiere esto. Podríamos también resolver parte de la discusión. Me da la sensación de que sí, que es positivo porque construye otro espacio. Obviamente las que fracasan y no pueden más, bueno, pero esto es un poco el tema. Capaz algunos de los debates que están acá presentes se pueden resolver empíricamente. Otros no.

Pablo Barbeta. Me parece que preguntarle a estas experiencias si se trata de experiencias que tienden a la transformación social, con mayúsculas, estaría reeditando un viejo debate acerca de si hay un sujeto histórico del cambio social. Y sí así lo hiciéramos sería un camino de análisis equivocado ya que ni los propios actores se lo plantean así. Lo que podemos decir, es que por ejemplo, el Movimiento Campesino de Santiago del Estero, que está creando nuevos espacios de socialización, que trata de quebrar la cultura política clientelística de la provincia, bastante aferrada. Los emprendimientos productivos, las cooperativas, las redes de comercio justo, a su vez, buscan desarticular aquellas relaciones sociales con lazos con los "turcos", es decir, aquellos comerciantes-intermediarios que compraban la producción campesina a precios muy por debajo de su valor y vendían las mercaderías a la población muy por encima. Además, están desarrollando otros emprendimientos que desde una visión estatista los tendría que estar haciendo el estado como ser la construcción de represas, pozos de agua, incluso en Córdoba el Movimiento de Campesinos cordobés está fumigando contra el Chagas. Creo que lo importante a resaltar, es que estas experiencias tienen fuerte impacto en el ámbito de la comunidad.

Agustín Salvia: Tal vez coincida con vos Julián en el hecho de que la sociedad sería más injusta sin estas prácticas, sin estas luchas...

Julián Rebón: sí, yo pensando ahora en lo que cuenta Pablo y en lo que yo trabajé, no tanto en lo que vos me contás de cartoneros, prostitutas, etc., que asumen otro carácter.

Agustín Salvia: Nosotros buscamos en empresas recuperadas, tal vez no las políticamente más movilizadas, y lo que descubrimos es este escenario de un sujeto necesitado, más que un sujeto liberado. Un sujeto nostálgico de lo perdido, esto es lo que encontramos, así como vos encontraste otra realidad, es decir que ambas dinámicas deben estar presentes.

Julián Rebón: Yo creo que todo estos discursos son parte de la realidad, pero en el rompecabezas total ¿cómo se encajan?

Agustín Salvia: Sin descartar que esto sea así, hay muchas luchas puntuales que generan mejoras en las condiciones de vida, sin las cuales sería peor para los sujetos. También hay que ver qué efectos esto produce al nivel del balance colectivo, al nivel del proceso histórico. Mi tradición estructuralista no me lleva a poner el énfasis en la felicidad del sujeto sino cómo las condiciones subjetivas emergen y se articula a un todo, a una sociedad compleja. Esta es mi mirada. Cuando miro el proceso no puedo negar que veo en efecto esa carga que se ha dicho acá, positiva. No digo que no. De hecho creo que hay formas de subsistencia más dignas, unas que otras. Pero también veo que más allá de la experiencia que dejan en el control de la producción estas experiencias de autogestión, creo que el resultado es una sociedad capitalista mucho más controlada. La dinámica de esto no es lo que aparece, aparentemente hay una sociedad más convulsionada o con más dinamismo capaz de ser más reactiva a las transformaciones. Lo que yo veo en realidad es un proceso disipativo de experiencias de subsistencia, capaz de ser coordinadas con mucha más facilidad por un modelo político económico más poderoso.

Julián Rebón: Con relación a qué decís más ordenada?

Agustín Salvia: En principio a los ciclos de crisis o de convulsión, o incluso a las luchas sociales o políticas que podrían estar dándose en los últimos 30 años. Creo que aparece una sociedad mucho más disipada y atomizada por el poder dominante que en las décadas anteriores. Podríamos hablar de la coyuntura, pero uno empieza

a tomar procesos más locales que no me gustaría tomarlos en cuenta. No considerar la coyuntura actual, mirar todo esto en una perspectiva más de largo plazo. Más allá de que esté Kirchner o no esté Kirchner, la estrategia política del Estado es justamente garantiza el mayor control social de esta diversidad. Y esto va a seguir dándose, esa es la dinámica: yo veo una sociedad mucho más controlada, donde queda cada vez más legitimada la explotación de la fuerza de trabajo asalariada, por ejemplo, mientras la sociedad progresista se va ocupando de estos movimientos donde aparecen las nuevas prácticas de cambio. Las posibilidades de cambio siguen estando todavía en el campo de las relaciones asalariadas formales. Aquí los actores protagónicos dentro del campo social o popular siguen siendo las viejas prácticas corporativas de los sindicatos en su relación con los sectores de la burguesía, el poder económico. El cambio económico y social se negocia en estas negociaciones más tradicionales, no sin nuevas formas más locales de acción y representación, pero en este espacio de relaciones económicas y sociales. No lo veo a través del campo de la marginalidad, a través de actores necesitados jugando con experiencias de autogestión, sin crear mayores descalabros al régimen de acumulación capitalista ni al sistema político. Lo dije duro para en todo caso ser provocador. Hay que luchar, pero ¿por dónde luchar? ¿Por esos espacios de subsistencia, para que la gente viva un poco mejor? Me parece que esa no es la tarea de quienes pensamos transformar la realidad histórica. No es sólo que esa gente viva mejor, ese es un objetivo, pero no es haciendo acciones de caridad, o acciones específicas para un grupo específico, sino cómo creamos condiciones para que todos vivamos mejor. En esa perspectiva creo que el acento no debería estar puesto en estas experiencias, las cuales no descarto que aporten algo, sino que debería estar pasando por otros actores. Incluso por los sectores medios, que hoy por hoy están bastante movilizados por la opinión pública, y creo que serían actores muy importantes para una transformación de la sociedad en términos más justos y con una distribución de recursos más equitativa. Esa clase media, a través de estas acciones se asusta, rehuye, no se siente identificada, creándose justamente peores condiciones para el futuro de estas propias organizaciones y de los sujetos vinculados a ellas.

Julián Rebón. Yo retomo eso de que “no es tan así” (risas). De algún modo presuponemos cosas que quizás no necesariamente intersubjetivamente compartimos. Creo que si uno compara las relaciones de fuerza actuales con las de 10, 20, 30 años atrás, es lógico decir ¿estamos mejor? No, estamos peor, si uno

podiera hacer el ejercicio de medir a nivel de las relaciones de fuerza objetivas, relaciones de fuerza política, etc. esto aparecería bastante claro. El tema es con relación a qué lo comparas. Objetivamente, buena parte de estas luchas, el modo que asumen es un carácter corporativo, con momentos más trascendentes, con momentos menos trascendentes, pero que hay un corporativismo de empresa, a veces de rama, etc., que está presente. Está presente además en la clase obrera en general. Y muchas veces ni siquiera está presente, y ese es el problema. En este sentido, comparando con lo que es el sindicalismo, también, hay un corporativismo. Si uno lo piensa en términos del sujeto histórico o de perspectivas a largo plazo, obviamente, yo en ningún momento planteo que esta es la "papa" para el tema, porque objetivamente no es así. Y ahí volvemos a lo mismo: que plantea elementos que son válidos, que sirven, yo estoy absolutamente seguro de eso. Lo otro es que muchas veces el nivel que tienen las entrevistas, en alguna empresa, es como que a veces sugiere parte de la verdad, verdades parciales, y a veces te cuesta articular la verdad total. Por eso nosotros no hicimos dos o tres entrevistas de lo que suponíamos más real, entrevistamos a todas las empresas recuperadas de nuestro universo, hicimos ciento cincuenta encuestas. En tal sentido es importante intentar plantear un trabajo de investigación buscando tomar la totalidad, o una muestra que tienda a ser representativa del todo, para ver de qué modo la parte de realidad que cada quién observa se puede empalmar con el resto.

Pablo Barbetta: me parece que hay una cosa a tener en cuenta: que el capitalismo por sí mismo genera exclusión. Con lo cual es difícil pensar la refundación de un pacto en el cual todos estemos incluidos, de acuerdo a las reglas capitalistas. Hay todo un sector, incluso nosotros, Julián, que tenemos la experiencia de nuestros padres y tenemos la experiencia de estar incluidos, de tener el trabajo formal y aspirar a eso. Me parece que hay generaciones que esa experiencia no la tienen, y que lo más probable es que no la tengan, y va a ser complicado pensar en estos términos, de inclusión-exclusión en los términos en que se genera el capitalismo actual en Argentina.

Agustín Salvia: Yo quería hacer un comentario, porque desconozco bastante del tema aquí en el país. En México estuve algo de tiempo. Durante el último período que estuve ocurrió la emergencia del Comandante Marcos. Y otras reacciones campesinas y de movimientos sociales de distintos tipos. Hasta donde sé, han quedado recluidas y logran autofinanciarse a través de ONGs creadas para tal

efecto y de un mundo globalizado que les permite, vía subsidio a la comercialización de productos artesanales, sostenerse. Este es el espacio que el capitalismo mexicano, integrado a EEUU, le ha dado a esta experiencia fuertemente revolucionaria en cuanto a los símbolos que usó. Un poco antes de esto, en México, tuve oportunidad de observar empresas recuperadas por los trabajadores, y estas experiencias fueron quedado absorbidas por este capitalismo y el sindicalismo mexicano, en forma extraordinaria. Tal vez la experiencia de Marcos rescató esas experiencias de lucha, tal vez esto se rescate en el proceso histórico, es cierto, en ese sentido te doy la razón, todo se transforma, nada desaparece, la energía social muta, pero de ahí a que mute organizadamente en función de procesos de transformación... no es cuestión de voluntad individual. Hay otras experiencias en México, que también conozco, en Oaxaca, donde hay cooperativas de café, que venden café a Holanda. Hay experiencias de este tipo de campesinos que se han organizado y trabajan con asambleas, promoviendo alguna de ellas en mi época de juventud en México, he trabajado en ejidos con estas cuestiones, pero lo que no visualizo es cómo esto socava las reglas de juego del capitalismo agrario. Yo ya te entendí que son las marcas que deja la historia y que el movimiento obrero o la lucha social las recuperará supuestamente en su proceso de lucha. Pero la historia no es inercial ni tiene un destino predeterminado, y esto que llamás memoria histórica es construcción de sentido que puede servir en uno u en otra perspectiva. Ahora bien, yo creo que le hacemos un flaco favor a la lucha social a través de la "ideologización" de la acción colectiva, cargándola de un sentido que no tiene, y no mostrando como tales acciones son funcionales al poder económico y político.

Pablo Barbeta: sí, si uno lo plantea como socavar nuevamente en mayúsculas es medio complicado pensarlo. Pero me parece que la permanencia de estos campesinos organizados es una cuestión de derecho. Los campesinos históricamente viven ahí, tienen una tradición, una cultura, y obviamente tienen un derecho, reconocido por el Código Civil, a permanecer en sus campos. Que los campesinos sigan permaneciendo en sus tierras, en un contexto donde la lógica capitalista que los arrincona, les pasa por arriba con la avioneta fumigando Round Up, les contaminan las aguas, es una discusión política.

Agustín Salvia: Supongamos que todo eso podamos regularlo, que haya un país más moderno y civilizado donde se mantengan las reservas campesinas aborígenes bajo cierta protección.

Pablo Barbetta: No, pero va más allá de la regulación, porque tiene que ver con un modelo de ciencia, en el cual está sustentado en el modelo agropecuario, un modelo de derecho, que supone un derecho único, y no una multitud de derechos, comunitarios, que hay más que un derecho, varios derechos más allá del Código Civil.

Agustín Salvia: Una reforma del Código Civil para hacerlo más ágil y dinámico, más funcional a los conflictos emergentes... ¿Vos decís que esto cambiaría sustantivamente el capitalismo agrario argentino? ¿Que una reforma del derecho que cree la posibilidad de la expropiación o que cree la posibilidad de que existan ejidos colectivos, o que las cooperativas tengan una cierta entidad jurídica distinta...? A mi juicio, todo eso, en el espacio del capitalismo argentino, ocupa lugares económicamente marginales, inofensivos. Un capitalismo salvaje no permite nada de eso, pero es posible que un programa capitalista más inclusivo integre estas demandas. En ese proceso se va dando un cambio social, en manos no de los sectores explotados sino en manos de un capitalismo, de un poder económico que quiere regular condiciones de legitimidad para seguir acumulando capital y poder. Por supuesto que ese capitalismo no concedería las áreas más rentables.

Julián Rebón: o cuando las tenés, tenés que luchar tanto, como el caso de Zanón, te tenés que matar para que siga adelante... Pero la capacidad de institucionalizar la tiene el capitalismo, como pasó en su momento con el sindicato, como pasó con la huelga. Pero yo vuelvo a lo mismo. Si es mejor o es peor. Cuando mencionabas lo de Chiapas y el zapatismo, vuelvo a lo mismo, ¿es justo exigirles a los zapatistas, un grupo de comunidades campesinas-indígenas, que transformen una sociedad tan compleja como la Mexicana? ¿O es positivo que puedan cambiar sus condiciones de vida, de existencia, limitadamente, pero han cambiado? Y además aporten a la democratización de México, y además aporten al reconocimiento de los indígenas en México. Yo en ese sentido no soy tan pretencioso con la lucha de los otros. Sí me parece correcto, eso lo comparto, describirla con el mayor rigor posible, no atribuirle más de lo que es. No caer en la ilusión sino construir la esperanza. Esto lo comparto. Pero no me parece exigirle tanto a la lucha de otro, porque si no, ¿Quién es uno? Si yo exigiera tanto a los que luchan no podría dormir, tendría que

exigir tanto a mí mismo que me sería imposible. Sí comparto, hay que describirlo lo mejor posible.

Pablo Barbeta: Yo te daría vuelta la pregunta: ¿Es posible regular el capitalismo?

Agustín Salvia: Sí. Si hay actores económicos y políticos interesados y capaces de hacerlo. Hay experiencias históricas concretas, no es que sea una ley inmanente al capitalismo su regulación o su no regulación. La ley inmanente al capitalismo es la acumulación, la explotación del trabajo. Después ¿cómo se regula eso? Bueno, hay países como el nuestro, que es incapaz de regular nada o que sólo es capaz de negociar la concentración monopólica. Pero hay otras experiencias históricas, por eso cuando vos hablabas de la exclusión: ¿hay capitalismo sin exclusión? Sí, sin exclusión pero no sin explotación del trabajo. Creo que es posible. Hay sociedades que lo han logrado. Tiene que ver con cuáles son sus estrategias, la calidad de sus dirigentes, cómo se articulan los actores y cuál es la fuerza de esos actores en el proceso histórico global. Yo no les exijo a los marginados ser protagonistas de la historia, lo que quiero destacar es que no lo son. No son hoy los protagonistas. Eso no quiere decir que no participen del proceso histórico y que a través de sus acciones colectivas no hagan más vivible la vida que les toca vivir. Pero desde el punto de vista del proceso histórico están muy lejos de poder ser los protagonistas del cambio social.

El barrendero que limpia el camino

Pablo Gerchunoff

La reestructuración de la deuda ha sido el barrendero que limpia el camino de las basuras del pasado. Aunque aún no se pueda considerar definitiva y formalmente cerrado el capítulo del canje (embargos judiciales pendientes, silencio deliberado acerca de una estrategia para aquellos inversores que no participaron de la transacción, presiones periódicas desde algunos países del G7 y –naturalmente– del FMI) es innegable que cuando se arribe finalmente a buen puerto, la reestructuración se traducirá en una importante mejora en la situación estructural de endeudamiento del sector público argentino. La operación cerrada por el gobierno (y que, de paso, atestigua sobre el poder de los estados soberanos cuando negocian en el mercado), reducirá el stock de deuda pública en relación al PIB de 120% a alrededor de 80%. Más aún, ese número subestima la verdadera mejora. Esto es así porque los plazos de endeudamiento se extienden notablemente (la madurez de los nuevos bonos se ubica en promedio cerca de los 25 años) y porque las tasas de interés posteriores al arreglo permanecen fijas, inmunizando al estado argentino contra los efectos deletéreos de las políticas monetarias contractivas a escala internacional. El resultado final, pues, será una caída de algo así como 40% en el valor presente neto de la deuda.

El alivio será notable en la Argentina post-canje. Los servicios de intereses en relación al PIB y a la recaudación tributaria se reducirán abruptamente de casi 8 y 22 puntos hacia finales de 2001 a 2 y 10 puntos en el futuro inmediato. Algo similar ocurre con los servicios de la deuda –esta vez sumando intereses públicos y privados– en relación a las exportaciones: a principios de los años noventa, ya vigente el Plan Brady, esa relación era de poco menos del 30%. Desde entonces no dejó de incrementarse hasta alcanzar casi el 50% en los años de la depresión 1999-2001. Para 2005 habrá caído bruscamente al 20 % y será todavía menor en la medida en que –como está ocurriendo– se expandan las exportaciones. Esta saludable mejoría en los flujos de pago es destacable incluso cuando se la compara con lo que ocurre en otras economías semi-desarrolladas: sólo a modo de ejemplo, tomemos el caso de nuestro vecino de más peso. Durante 2005 la carga de intereses públicos en Brasil sobrepasará el 7% del PIB, mientras que en la Argentina se localizará en torno del 2% mencionado.

Otras virtudes ha tenido el canje. Al examinar la composición del endeudamiento público por monedas hay que subrayar el impensado aumento en la participación de los pasivos denominados en moneda local respecto a aquellos en moneda extranjera, un proceso que se conoce como *desdolarización de pasivos* (¿recuerda el lector los pronósticos no tan lejanos de dolarización inexorable?). Las obligaciones financieras del estado denominadas en pesos podrían pasar del 3% a 37% del total, y como la nueva deuda en pesos ajusta su capital por el índice de inflación, los gobernantes tendrán un incentivo adicional para preservar la estabilidad de precios. Por fin, en el largo plazo, el aumento de la cuota de deuda pública en pesos constituye un factor positivo para la política monetaria, dado que se reducirán los costos asociados con la volatilidad del tipo de cambio real sobre el valor de la deuda, aunque en el corto plazo la apreciación real esperada opere en sentido contrario.

Las nuevas relaciones de endeudamiento post-canje abren entonces una nueva etapa caracterizada por un perfil de vencimientos de capital e intereses adecuado a la capacidad de pago del país, y por lo tanto tolerable si el superávit primario se mantiene en el orden del 3% del PIB. Hacia adelante, el volumen y la estructura del endeudamiento del sector público con los organismos financieros internacionales pondrán otra vez en el centro de la escena las siempre duras negociaciones con el Fondo Monetario Internacional. Si esas negociaciones terminan bien – y bien significa no exigirle al país un esfuerzo imposible de realizar– quedarán atrás los incumplimientos financieros del pasado.

El barrendero ha hecho su trabajo, pero el camino puede ensuciarse de nuevo. La clave para que ello no suceda es comprender por qué se generó la deuda. ¿Acaso fue la consecuencia de una conspiración racionalmente planificada en beneficio de una minoría y cuyo costo fue la marginación de las mayorías?; ¿acaso la factura de una fiesta de consumos incitada por administraciones irresponsables?. Si fuera lo primero, con la derrota de los conspiradores y la reestructuración de la deuda se habría abierto la puerta para una generosa –aunque gradual– redistribución progresiva del ingreso. Si fuera lo segundo, la forzada austeridad que sigue a la crisis aventaja por largo tiempo el riesgo de tropezar con la misma piedra. En mi opinión, ninguna de ambas explicaciones es acertada (y lo lamento por la primera, porque me gustaría que la redistribución progresiva del ingreso fuera tan sencilla). La deuda es, según creo, el emergente de un fenómeno más complejo, el resultado de una larga puja distributiva entre actores sociales que una y otra vez han repetido la misma obra, más allá de la fortuna y de la virtud de los

gobernantes. Este proceso conflictivo viene de muy atrás, pero se agudizó cuando – agotada la sustitución de importaciones- la apertura comercial externa alineó los precios relativos domésticos con los internacionales. En una economía que exportaba el alimento de sus clases populares y daba empleo a sus clases populares en actividades que no exportaban, la madre de todas las reformas, la reinserción de la Argentina en el mercado mundial, acarrió un costo social inmenso: el encarecimiento de la canasta de consumo, la destrucción de empleo, el surgimiento y la perpetuación de un núcleo duro de marginalidad. Cuando los perdedores pudieron, con algún éxito, ofrecer resistencia, el resultado fue uno bien conocido en nuestra historia reciente: la volatilidad, la incertidumbre, la fragilidad institucional, las presiones inflacionarias y, en contextos de alta liquidez internacional, el endeudamiento. En ese listado de catástrofes, hay que reservarle a la deuda un sitio que pocos han destacado, el de haber atemperado transitoriamente el conflicto y postergado sus sombrías consecuencias, que luego sobrevendrían amplificadas. El diablo se nos presenta cada vez con distinta ropa y, en nuestra torpe miopía, la de la deuda suele resultarnos atractiva.

Conocer el por qué de la deuda significa entonces comprender las causas del ciclo de marchas y contramarchas argentino, su raíz hundida en un conflicto distributivo de características propias (¿acaso los chilenos comen el cobre que exportan?; ¿o los mexicanos el petróleo?). Pero conocer el por qué de un problema no significa resolverlo. Es grande la tentación de terminar estas líneas con una agenda ajustada a la lógica del crecimiento, una agenda que satisfaga la demanda colectiva por una solución: los argentinos invertimos poco y deberíamos invertir más; ahorramos poco y deberíamos ahorrar más; exportamos poco y deberíamos exportar más. Créanme que los números atestiguan acerca de nuestra insuficiencia en el proceso de acumulación de capital y acerca de la necesidad de cambiar eso. Sin embargo, descansar en esa agenda significaría dar vuelta el orden del argumento que hemos querido verter aquí. Si la acumulación de capital se va a reanimar en la Argentina será porque el conflicto distributivo tal como lo hemos descrito ha quedado atrás y, borrosamente, ya cobra otra forma. Hay, en ese sentido, espacio para un cierto optimismo. Quizás porque cuando se asienten los polvos de esa larga marcha destructiva que comenzó hace treinta años descubramos que está naciendo una nueva estructura productiva con un mayor y más diversificado potencial exportador; quizás porque, como lo sugería Tulio Halperín Donghi en *La larga agonía de la argentina peronista*, la propia tragedia social de tres décadas ha dado fin a la resistencia, al empate, a la suma cero. Por

una razón o por otra, por lo bueno o por lo malo, por lo que nos gusta o por lo que no nos gusta, es posible que estemos desenredando la madeja, y en tal caso el barrendero habrá hecho su trabajo para no volver a hacerlo.

Reflexiones sobre la deuda externa

Miguel Teubal

Uno de los componentes más importantes del modelo o “régimen de acumulación” implantado en nuestro país desde mediados de los años 1970 a esta parte lo constituye la política de endeudamiento externo. En efecto, la deuda externa crece ininterrumpidamente a partir de entonces, constituyéndose sin duda en uno de los condicionantes más importantes de sucesivas estrategias económicas.

La deuda externa puede ser considerada parte de políticas que se adoptan en función de proyectos que impulsan diferentes actores sociales y económicos en determinadas coyunturas históricas. A comienzos de los años 1970 se planteaba la necesidad de impulsar una nueva estrategia exportadora basada en exportaciones de productos manufacturados no tradicionales, que pudiera darle nuevo oxígeno a la política de industrialización por sustitución a las importaciones desarrollada hasta ese momento. Por aquel entonces nuestro país era uno de los más industrializados de América Latina, tenía uno de los ingresos per-cápita más altos del continente y un desarrollo científico-tecnológico substancial. Se consideraba, por ejemplo, que su industria electrónica se hallaba en ese momento a la par de la de Corea del Sur. Como consecuencia, una estrategia basada en las exportaciones de productos manufacturados equiparable a las desarrolladas por los NICs (nuevos países industrializados) de Asia y el Brasil en América Latina, habría sido una respuesta a la presunta crisis que se adivinaba en ese momento. Desde ya se trataba de una estrategia mucho más generadora de empleo que el modelo basado fundamentalmente en las tradicionales exportaciones de productos primarios, agropecuarios, y petróleo.

Sin embargo, después del corto periplo de Ber Gelbard por el Ministerio de Economía durante los gobiernos de Cámpora y Perón, esta estrategia exportadora quedó relegada. Tras el golpe militar de 1976 queda definitivamente enterrada y comienza la aplicación de otro modelo y estrategia económica pivoteada fundamentalmente sobre intereses especulativos y financieros y grandes grupos económicos. Se trata del modelo denominado de “valorización financiera”. En este contexto se da impulso al aumento de la deuda externa que se despliega plenamente.

¿Porqué fue relegada esa nueva estrategia exportadora a que hacemos referencia, una estrategia que podría haberle dado un nuevo impulso al proceso de

industrialización o, por lo menos, hubiera posiblemente evitado la extrema desindustrialización y demás tendencias regresivas inherente a las estrategias adoptadas por sucesivos gobiernos desde mediados de los años setenta a esta parte?

Durante los años 1960 persistían diversas estrategias económicas enfrentadas entre sí. Por una parte, una estrategia que podríamos denominar como “desarrollista” basada en intereses de una burguesía industrial, aliada, en algunos sentidos, con sectores sindicalistas, ambos interesados en potenciar el mercado interno en base a procesos de industrialización por sustitución a las importaciones para lo cuál se proponían medidas proteccionistas y promocionales de diversa naturaleza. Frente a estos sectores se configuraba una alianza de sectores agrarios y de la oligarquía terrateniente, con el capital extranjero que planteaba la necesidad de lograr la plena liberalización de la economía. Sus argumentaciones se basaban en la idea de que el sector agropecuario tenía ventajas comparativas respecto de otras actividades económicas y que cualquier “intervencionismo estatal” generaba ineficiencias inconvenientes para la evolución económica del país. La estrategia exportadora industrialista que se aminoraba en ese momento significaba un enfrentamiento con los tradicionales intereses oligárquicos del sector agropecuario y con los del capital extranjero. Asimismo, se insinuaba que habría de favorecer el avance de la clase trabajadora que era considerado perjudicial para esos intereses tradicionales (véase Minsburg, 1987; Teubal, 1993). ¿Qué mejor idea que sustituirla por argumentos neoliberales que en última instancia habrían de privilegiar a intereses financieros?

Etapas en el proceso de endeudamiento

La primera etapa del endeudamiento externo fue quizás la más importante. El gobierno militar que asume en 1976 impulsa la necesidad de que las empresas públicas y el sector privado se financien mediante recursos “genuinos” provenientes del exterior. Se trata del período de la “bicicleta financiera” que inaugura una nueva era en el quehacer económico de nuestro país. La deuda externa pasa de 6 a 7.000 millones de dólares en 1976 a 46 mil millones al finalizar la dictadura militar en 1983. Se trata de una deuda “odiosa” (contraída durante una dictadura militar) e “ilegítima” (gran parte de los capitales que ingresan pertenecían a nacionales que los tenían depositados en el exterior). Se trataba de una deuda que, tras la crisis de 1981/82 y la consiguiente devaluación, es traspasada al estado. El gobierno de

Alfonsín no cuestiona ese endeudamiento. Por el contrario, lo legitima. A partir de entonces comienza el periplo de negociaciones con el Fondo para que sea pagado. Para ello el gobierno emite títulos públicos (el festival de bonos) que son tomados por el antiguo establishment que ya había traspasado su deuda al estado. La deuda externa sigue creciendo hasta alcanzar más de 63 mil millones en 1989. Esta etapa concluye con la crisis de 1989 tras el “golpe económico” que comienza ese año y que habría de generar las hiper inflaciones del período 1989-1991.

Finalmente la tercer etapa de la deuda comienza con la Convertibilidad en 1991 bajo el gobierno de Menem siendo impulsada por Cavallo. Se consolida con el Plan Brady, un nuevo estratagema según el cuál, gran parte de la deuda es transferida de los grandes bancos acreedores a pequeños ahorristas anónimos (pensionistas de los países industrializados fundamentalmente). Asimismo, el esquema de la convertibilidad posibilita la aplicación extrema del modelo neoliberal en nuestro país, basado en las privatizaciones, y desregulaciones extremas (fundamentalmente del mercado laboral) y una apertura al exterior en particular para el sector financiero. Se trata de un modelo que requiere para su sustentabilidad del aumento continuo de la deuda, que alcanza unos 146 mil millones en 1999. La crisis que comienza a partir del año 1998 y que se manifiesta plenamente en los años 2001/2002 es la culminación de este modelo. Los intentos por evitar el fin de la convertibilidad e incluso el default (blindaje y megacanje) fueron desastrosos. Una gran parte de la actual deuda que supera los 190 mil millones de dólares fue contraída en ese período. Pero no pudo estabilizarse la economía ante el embate de la fuga de capitales, motorizados por los amigos del poder, como numerosas investigaciones han sacado claramente a la luz.

Para qué sirvió la deuda externa

En estos días se ha debatido mucho en torno a la nueva estrategia del canje de la deuda privada, llevada adelante por el gobierno de Kirchner, como para hacer más manejable el pago de los servicios de la deuda en el futuro y salir del “default” en términos más “sustentables”. Se habla mucho de ligar el pago de los servicios de la deuda a la sustentabilidad del modelo y fundamentalmente al crecimiento de la economía. No cabe duda, se han adoptado, por lo menos en lo que hace a la retórica, nuevos criterios para enfrentar la negociación de la deuda que modifican a los anteriores. Pero es evidente que no se ha “resuelto” el problema de la deuda, y que ésta continúa siendo un factor importante a considerar para la evolución futura

del país. Se estima que después del canje la deuda pasaría de los 190 mil millones de dólares, 112% del PBI, a 122 mil millones, 70% del PBI. Esto significa que si antes de este canje todo niño nacía en el país con una deuda de 5000 dólares a sus espaldas, en la actualidad nace debiendo "sólo" 3800 dólares.

Para ubicar la coyuntura actual en cierta perspectiva, podríamos preguntarnos ¿para qué sirvió la deuda externa en el pasado? Desde ya sabemos que tuvo bastante que ver con la crisis actual. Pero aún así, y haciendo oídos sordos por el momento a su carácter odioso e ilegítimo, podemos reiterarnos la pregunta del acápite de esta sección: ¿para qué sirvió la deuda? ¿Qué finalidad tuvo más allá de favorecer los negocios financieros de unos pocos, aquí y en el exterior? ¿Para promover qué tipo de actividades? En fin: éstas preguntas también pueden relacionarse estrechamente con aquella que se pregunta acerca de sus consecuencias económicas y sociales.

Los medios tienden a impulsar un cierto sentido común sustentado por "expertos" que nos indica que para que el país crezca y se desarrolle necesitamos abrirnos al capital extranjero y al mundo financiero en general. Y que no "integrarse al mundo" es ir en contra de la modernidad y la globalización, procesos éstos que son inexorables en el mundo contemporáneo. Pero existen algunos datos contra fácticos que matizan o contradicen este sentido común. Por una parte, como lo destaca frecuentemente Aldo Ferrer, la mayor parte de la inversión en el país es de origen local, no internacional, y la que más empleo genera es la que realiza la mediana y pequeña empresa. Por otra parte, cabría preguntarse acerca de la reciente expansión económica desarrollada en el país. Ésta precisamente se realizó con gran parte de la deuda privada en default (no la del FMI y de otros organismos internacionales a quienes se han remitido en el período post-default 11.500 millones de dólares), sin acceso a nuevas fuentes de endeudamiento externo, y sin la aplicación de las políticas de ajuste de rigor en otros períodos. Se trató efectivamente de un período en el que "vivimos con lo nuestro". Podría vislumbrarse que ésta situación de crecimiento económico no se debió a la pura casualidad (aunque la crisis redujo las importaciones y el alza de los precios internacionales de algunos "commodities" incidieron significativamente sobre el valor de las exportaciones y sobre la balanza comercial favorable que tuvo el país en años recientes) sino a que no fueron aplicadas las políticas de ajuste al estilo de Menem y de la Rúa.

El período clave de endeudamiento externo fue durante la dictadura militar. Según diversos estudios la deuda fue utilizada para financiar: la copa mundial de

fútbol, para prepararse para la guerra con Chile, para construir alguna que otra autopista y la extensión de la red gasífera. Pero el grueso del endeudamiento externo de ese período, 31 mil millones de dólares tuvo como destino las actividades financieras y la fuga de capitales.

Una vez legitimado ese endeudamiento externo bajo Alfonsín, Menem y de la Rúa, la deuda siguió creciendo como una bola de nieve: sirvió para financiar los negocios financieros de los grandes bancos y grupos económicos, la fuga de capitales y para cubrir baches en la balanza de pagos que, a causa de la convertibilidad y la deuda ya acumulada, se hizo con nuevo endeudamiento externo. Existe una estrecha correlación entre el aumento de la deuda externa y de los depósitos de argentinos en el exterior. Asimismo, la necesidad de hacer frente a la deuda requirió cada vez más endeudamiento. La fuga de capitales que se potenció durante la reciente crisis fue también financiada en parte directamente por el FMI (Calcagno y Calcagno, 2005).

Está claro que el país no se endeudó para industrializarse, para aumentar el empleo o para mejorar las condiciones de vida de la población. Nada tuvo que ver la deuda externa con el desarrollo de la economía nacional o el bienestar social de la población en general. Todo lo contrario: sirvió para financiar un modelo altamente regresivo, excluyente para la mayoría de la población. Sus principales beneficiarios fueron los grandes intereses financieros y los dueños de los depósitos en el exterior.

Tal cuestión plantea de por sí una cuestión de justicia: el pago de la deuda (si es que debería realizarse) lo deberían hacer los que fueron sus principales beneficiarios; debería provenir fundamentalmente de aquellos depósitos existentes en el exterior, que casi superan al PBI de un año.

Sin embargo, el problema no es sólo quien paga la deuda, sino por qué seguir endeudándose. No me quedan en claro las ventajas económicas y sociales de seguir "integrándonos a la economía financiera internacional" portándonos "tan bien" como lo hicimos durante la década de los noventa, si en el pasado nos fue tan mal con ello. Pero quizás aquí entran a tallar, no tanto la problemática económica, sino otras cuestiones netamente políticas.

Bibliografía

Calcagno, Alfredo Eric y Calcagno, Eric, (2005), "Finanzas al margen de la ley. Quiénes y cómo fugaron capitales", *Le Monde Diplomatique. Edición Cono Sur*, Año VI, N° 67, enero.

Basualdo, Eduardo (1987) *Deuda externa y poder económico en la Argentina*. Buenos Aires: Editorial Nueva América.

Basualdo, Eduardo (1999), *Acerca de la naturaleza de la deuda externa y la definición de una estrategia política*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, FLACSO y Página 12, agosto.

Minsburg, Naum (1987) *Capitales extranjeros y grupos dominantes argentinos*, Vols. 1 y 2. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

Teubal, Miguel (1993), "Argentina: Fragile Democracy", en Gills, Barry, Rocamora, Joel y Wilson, Richard, *Low Intensity Democracy. Political Power in the New World Order*. Londres y Boulder Colorado: Pluto Press.

Teunissen, Jan Joost y Akkerman, Age (Coordinadores)(2003) *The Crisis That Was Not Prevented. Lessons for Argentina, the IMF and Globalisation*. La Haya: Forum on Debt and Development (FONDAD).

Una tragedia argentina más, ahora los jóvenes y niños de la República de Cromagnón.

Ana Wortman

Un día antes de la finalización del 2004, se produjo un acontecimiento terrible en Buenos Aires: más de ciento setenta personas, la mayoría jóvenes y niños murieron por la inhalación de monóxido de carbono producido por el incendio de un local público destinado a recitales de rock provocado por el lanzamiento de una bengala que entró en contacto con el tejido y aislantes acústicos del techo, todos inflamables (al día de la fecha de la escritura de este artículo las muertes suman 193). Hecho este señalamiento, describamos brevemente el escenario en que se produjo esta acción. En el lugar se habían congregado alrededor de 4.000 personas (el local estaba habilitado para 1.300) para asistir a la presentación del Tercer CD del grupo de rock barrial, también denominado "*chabón*" *Callejeros*. A las 23.35 hs., se origina un incendio en el revestimiento colocado bajo el techo del local (material combustible) el que rápidamente comienza a expandirse hacia el tejado plástico (media sombra), relleno de poliuretano y guata, en los conductos de extracción de aire. De inmediato se corta la energía eléctrica y el público entra en estado de pánico, por la falta de luces de emergencia, el humo muy denso y las cenizas que caían del techo. El mismo trata de escapar por la salida de emergencia, pero esta se encuentra cerrada con candados. En este lugar los cuerpos forman una pila de aproximadamente dos metros de alto y cinco metros de ancho. La salida es obstruida por la avalancha y las personas caen desvanecidas por la inhalación de los humos tóxicos de la combustión.

Esta descripción insoportable da cuenta, como enfatizaron algunos medios de prensa, que dicho acontecimiento fue el más terrible de la historia? ¿Cual fue el mas terrible, el mas trágico? Acontecimientos terribles, horribles y trágicos, atravesados por el sinsentido vienen ocurriendo hace mucho tiempo en nuestro país, donde la mayoría de las veces los protagonistas son jóvenes (Trelew, ultima dictadura militar, muertes, exilios, desapariciones de jóvenes, y niños, guerra de Malvinas, persecución policial, secuestros, violencia entre jóvenes, atentado a la AMIA, a la Embajada de Israel, etc). La sociedad argentina, tempranamente moderna conmovía -con otro diciembre- a la llamada opinión pública internacional a partir de un acontecimiento catastrófico y representativo de un país que ha dejado de ser moderno en el sentido de un relativamente equilibrado e igualitario desarrollo humano. La modernidad de la sociedad argentina producida en estos

últimos treinta años ha dejado de ser pública, para convertirse en privada, sometiendo al atraso y a la privación al resto de la sociedad.

Rock y clases sociales

Hagamos una pequeña descripción del escenario previo a la catástrofe del 30 de diciembre de 2004, para ubicar al lector.

La invitación al recital de rock "chabón" tuvo una masiva y desbordada respuesta. En un local de Once, barrio céntrico de Buenos Aires, que tradicionalmente se utilizaba para recitales de cumbia y bailantas, destinadas fundamentalmente a los sectores populares, ahora, su nuevo dueño, Omar Chabán, un empresario emblemático del espectáculo rockero, había convertido este espacio en un lugar para recitales. En esta oportunidad el grupo en cuestión *Callejeros* ganaba seguidores en forma creciente. ¿De que clase de rock se trata? Brevemente podemos decir que ya en los años setenta se manifestaba una división "social" con connotaciones y consecuencias políticas ideológicas, en el interior del rock local, característica de la forma en cómo se concibe a la cultura en la Argentina, estos es la pugna histórica entre cultura popular y cultura de elite. En esos años, existía un estilo de rock liderado por Luis Alberto Spinetta, músico y cantante principal de grupo *Almendra* que, dada las características más elaboradas de su música y de la complejidad de sus letras, convocaba a un auditorio de un nivel socio económico cultural diferente, pretendidamente ilustrado, con otros saberes, disposiciones y destrezas que el auditorio que seguía a Norberto Napolitano, alias *Pappo*, recientemente fallecido también trágicamente, cuya música reproducía un rock menos elaborado y simple, asentado en cierta rítmica del *blues*, convocando a un público de un nivel social y cultural mas bajo que el anterior. No está demás decir que las estéticas de ambos "bandos" del rock no eran ajenas a otros recursos e imaginarios de la cultura rockera mundial. En el caso de los seguidores de Spinetta podríamos pensar cierta cercanía inconciente con el mundo imaginario de *Los Beatles* y en el caso de *Pappo*, un mundo fantasmático vinculado a los *Rolling Stones*, apropiado por los hijos de la cultura de la sociedad industrial, del hierro y los obreros. Esta división se mantuvo a lo largo de los años, adoptando nuevos estilos y actualizaciones propias de la evolución del rock internacional y de la cultura juvenil en general. Si bien puede resultar esquemático, se podría afirmar que el rock que describiéramos en primer lugar daría cuenta de cierta prosperidad de los jóvenes de las clases medias en la Argentina y el rock de Pappo, haría

alusión a los hijos de la clase obrera y a la constitución de cierta cultura barrial, local de las clases populares largamente asentadas.

Los jóvenes, los más vulnerables de la sociedad postneoliberal.

En el marco del cambio involutivo de la Argentina de los noventa surge un nuevo actor social juvenil, el joven sin futuro, que no estudia ni trabaja, o que accede a trabajos sin calificación, precarios, inestables, en "negro" sin proyección hacia el futuro. Estos jóvenes conocen la desmovilidad social, ya no creen que superarán a los padres, en muchos casos son hijos de desocupados y carecen de toda ética del trabajo y el sacrificio. Así como la sociedad se empobrece cada vez y se hace cada vez más desigual y segmentada, los jóvenes son profundamente golpeados por estos procesos sociales, tornándose extremadamente vulnerables, lo mismo que la población infantil. Si los niveles de pobreza atraviesan a la mitad de la población argentina, estos se acrecientan en los jóvenes y niños. Es importante señalar, sin embargo, que este fenómeno en torno a la vulnerabilidad de los jóvenes no es privativo de nuestra sociedad, sino que aparece como un rasgo de las sociedades contemporáneas atravesadas por distintos niveles de incertidumbre (Bauman, 2001). No está demás decir que la escena de la incertidumbre juvenil constituye el leit motiv de diversas películas tanto europeas como latinoamericanas.

La división social reproducida en el ámbito de la cultura roquera se pone de manifiesto nuevamente en los noventa, asumiendo otros formatos y otras fusiones. Por un lado, nos encontramos en un extremo con una música juvenil con visos electrónicos, marcada por una estética de corte publicitario, producida y consumida por jóvenes de niveles medios para arriba, cuyo grupo emblemático ha sido *Soda Stereo* y en el lugar opuesto, aglutinando al nuevo actor social que aludíamos nos encontramos con una nueva versión del rock popular, llamado ahora rock "chabón". A diferencia del rock popular de los setenta, este rock asocia, lo que antes no juntaba, el fútbol y el rock, se funda en mitos populares y tiene como escenario principal el barrio. Sobre estos cambios al interior del rock sugerimos leer Molinari (2003) y Semán y Vila (1999)

Como ya ha sido dicho muchas veces, el rock no es sólo música, es espectáculo, fiesta, baile, escenas, emociones, etc. Ahora, con la conformación de este subcampo del rock, llamado rock "chabón", se ha generado una sensibilidad de tono futbolera, la cual se apropia de varios tics del espectáculo futbolístico actual como es el acto de arrojar bengalas, entre otros. Luego de esta brevísima

contextualización social y cultural, volvamos nuevamente a nuestra catástrofe del 30 de diciembre en Buenos Aires. Nos preguntamos entonces cómo producir significaciones de aquello que se nos representa aun sin sentido? Ya mucho ha sido dicho a nivel periodístico sobre las fallas en la seguridad, la falta de controles por parte del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, la inescrupulosidad de los empresarios, la falta de preparación con respecto a cómo el Estado, Bomberos, Policía, hospitales públicos deben proceder ante este tipo de emergencias. Quizás desde las ciencias sociales podamos intentar pensar la acción del público a partir de un conjunto de interrogantes acerca del comportamiento de quienes asistieron al espectáculo. ¿Cómo se controla que un sujeto arroje una bengala en un lugar desbordado de gente? ¿Que hace que un sujeto haga lo que haga? ¿Cual es el síntoma? ¿Que condiciones sociales, que estructuras más allá de la voluntad hacen que un sujeto actúe como lo hizo ¿y si fue un niño el que lo hizo, cuyos actos no pueden ser analizados sino a través de la acción de un adulto? ¿No suponen ningún nivel de responsabilidad? En este crimen, en este asesinato masivo, cómo se juzga la acción irracional, la acción irresponsable del que arrojó la bengala?

¿Que goce, que clase de gesto inconciente se puso en escena allí? Algo así, como "todos los que estamos aquí" representamos a todos los que no tenemos destino, como el subtítulo del nuevo CD del conjunto musical en cuestión. Pensemos entonces, por un momento en algunos detalles acerca de quienes componían el público. En el local de la catástrofe no sólo estaban presentes jóvenes ansiosos por escuchar un rock, en un clima de fiesta. Recordemos que muchos jóvenes asistentes eran madres y padres adolescentes, que pretendían vivir su adolescencia, arrojadas ellas y ellos a un mundo adulto, más allá de su voluntad y de su psiquis infantil. Sus hijos muy pequeños fueron depositados en improvisadas "guarderías" situadas en baños, en situaciones de extremísima precariedad sin ventilación y sin la higiene adecuada. Podemos pensar que esta traumática escena nos esta hablando acerca de la existencia de terribles problemas sociales previos a Cromagnón. Madres y padres que no pueden cuidar de sus hijos, madres y padres obligados a serlo, ante la inexistencia de políticas de prevención del embarazo, que tampoco nadie los ayuda para poder ejercer una maternidad y una paternidad responsables, la existencia creciente de madres adolescentes arrojadas al mundo sin ninguna política de seguridad y protección social, y de asistencia psicológica. Es importante señalar que decimos esto sin animo de culpabilizar a las madres, como cierto discurso católico clerical y mediático de derecha muy promovido en este contexto, el cual se monta también para desestabilizar al gobierno de la ciudad que

afirma que “una madre siempre, en toda condición, se debe ocupar de sus hijos”. Esto es seguir pensando que la maternidad es un hecho natural, lo cual nos retrotrae a tiempos pretéritos y retrógrados, maternidad adolescente que da cuenta también de una paternidad ausente de la que nadie habla. A partir de estas consideraciones podemos pensar que Cromagnón es un excelente reflejo, si cabe la palabra excelente para llegar a comprender esta tragedia, de otra consecuencia más de la destrucción del Estado en la Argentina provocado por la implementación radical de políticas económicas neoliberales que han generado una sociedad abandonada, con extendidos rasgos anómicos, en la cual sus miembros más débiles sufren y exponen su vida y la de sus pequeños hijos, por instantes de despliegue emocional y festivo tan necesarios para una vida plena, por ejercer algún derecho, en una sociedad que le quitó la conciencia de sus derechos como trabajadores y como seres humanos. El lugar que pasaron a tener estos jóvenes, y muchos de sus hijos revela una fase del funcionamiento del poder en la Argentina de los últimos años, al no estar revestido aún, a pesar de los intentos del nuevo presidente, de un sistema institucional que funcione plenamente. De este modo, la sociedad también se vuelve impune en algún punto. Las prácticas sociales producidas en el marco de la existencia de ciertos procesos hegemónicos se convierten en conciencia práctica de los dominados. Así si quienes tienen el poder, las clases dominantes han desmantelado las formas de regulación de las relaciones laborales, sociales y cotidianas, también las clases subordinadas interiorizan y reproducen ese modelo de desprecio de la vida humana, dando cuenta a través de la pérdida de nociones mínimas de convivencia social, de los derechos que los sujetos deberían tener presentes acerca de las condiciones de seguridad en el momento de pagar una entrada. Sabemos que los niveles de responsabilidad no son los mismos, pero también sabemos que todos están involucrados si pensamos la cuestión en términos de relaciones de dominación. Relaciones estas atravesadas crudamente por la anomia y el lucro sin normas: otra consecuencia de los años noventa en la Argentina. Responsabilidades empresariales y debilidades políticas, así como aprovechamientos políticos mezquinos de sectores de la derecha se ponen en juego para debilitar procesos políticos que pretenden generar otra sociedad.

Bibliografía general consultada

“Análisis crítico de un caso real” en

<http://www.incendio.seguridadydefensa.com/12309.htm>

Ministerio de Desarrollo Humano, Gobierno de la Provincia de Buenos Aires "En riesgo: la tragedia de Cromagnon puso el foco sobre el sector más vulnerable del país. Mueren once jóvenes por día en hechos violentos"

http://www.mdhyt.gba.gov.ar/prensa/nota_interes/090105.htm

Molinari, Viviana. 2003. "Identidades juveniles, una mirada sobre el rock nacional de fin de siglo... Cuerpo, música y discursos" en Wortman, Ana *Pensar las clases medias, consumos culturales y estilos de vida urbanos en la Argentina de los noventa*. Buenos Aires, Editorial La Crujia.

Molinari, Viviana. 2004. "Juventudes argentinas, una forma de mirar al mundo: entre la voluntad de los '70 y la reflexividad estética de los '90". *III Jornadas Patagónicas de Comunicación y Cultura "Los Jóvenes: Múltiples Miradas"*. Octubre

Seman, Pablo y Vila, Pablo "Rock *chabón* e identidad juvenil en la Argentina neoliberal" en Filmus, Daniel (1999) *Los noventa. Política, sociedad y cultura en América Latina y Argentina de fin de siglo*. Buenos Aires, FLACSO-EUDEBA.

Wainfeld Mario "Que cambien todos"

<http://www.pagina12web.com.ar/diario/elpais/1-45655.html>

Wortman, Ana. 2005. "Juventud y orden social" *Tram(p)as de la Comunicación* núm 20. Revista de la Facultad de Periodismo de la UNL. Abril.

Cromagnón: las lógicas de los cuerpos y los discursos

Mariana Conde

El último 30 de diciembre se produjo un incendio en el *boliche* República Cromagnón, ubicado en el barrio del Once de la Ciudad de Buenos Aires. Provocado por una bengala presuntamente sostenida por un niño, mientras tocaba el grupo Callejeros, el fuego se propagó rápidamente al incendiarse el techo. Y el resultado fue devastador: 193 muertos, cientos de heridos, lesiones físicas y traumas psicológicos.

Entre los muertos figuran una bebé de diez meses, dos nenas de 4 años y nueve niños de entre 6 y 12 años de edad, mientras que el 27,56% del total fueron adolescentes en la franja de los 13 a los 18 años, y el 44,86% en la de los 19 a 25 (Clarín, 5/1/05).

Casi inmediatamente, el boliche se convirtió en lugar de peregrinación y santuario. Efectivamente, el primero de enero se fue poblando de velas, flores y mensajes para las víctimas. Y se convirtió en espacio de plegarias, incluso con la misa que ofició el obispo auxiliar de Buenos Aires, monseñor Eduardo García. De allí mismo partió también la primera de las muchas marchas que familiares, amigos y vecinos realizarían en homenaje, al principio, y en pedido de justicia, luego.

'Lo pibe del rock'

El acontecimiento de Cromagnón se me asemeja un poliedro, porque tiene muchas caras (muchas más aristas, también) y porque en cada una funciona una lógica particular y particularmente significativa. Cromagnón tiene un costado político, otro económico, uno tercero social y además un costado cultural, que es el que aquí me interesa, aunque, como es ya obvio, lo cultural no se despega de lo político, lo económico y lo social sino que lo hace existir de otro modo.

Desde el punto de vista cultural, Cromagnón y Callejeros (que a esta altura se vuelven indisociables) muestran la importancia que el rock tiene entre los públicos juveniles. Varias hipótesis de trabajo apuntan a verificar cómo, y en qué medida, el consumo del rock entre los adolescentes y jóvenes supone hoy una forma privilegiada de constitución de identidades en su variante socio-estética (Mafesolli,

1990). En este sentido hablarían los datos arriba señalados, admitiendo que estos son estadísticamente representativos del público de la banda.

Pero no hace falta esta maniobra imaginativa: si se realiza trabajo de campo en los recitales, sean de un grupo, o sean de varios (en la modalidad festival que impera últimamente), se verifica fácilmente que los concurrentes son de entre 12 y 30 años, con preponderancia de ciertas franjas etarias según la banda de que se trate.

Lo que parece ser relevante del acontecimiento Cromagnón es que se vuelve un hito en la serie que construye los héroes y mártires de una generación. Si esta generación tenía sus ídolos (panteón que parece encabezar el Indio Solari), sus himnos ("Ji, ji, ji" de los Redondos, sin ir más lejos), sus íconos (la lengua *stone*, por ejemplo), sus formas de iniciación (el pre-recital de los amigos), sus modas (los *rolingas* son un tipo bien definido), y sus territorios de pertenencia (indicados por las banderas que se llevan, especialmente desde el Gran Buenos Aires), este incendio le dejó actos de arrojo, unos verdaderos actos de arrojo que significaron jugarse, y a veces perder, la propia vida, y muertos a los cuales recordar y venerar.

Se trata de una generación que tiene edad pero no clase social. Porque los consumidores del rock parecerían pertenecer a todas las franjas que pueden ubicarse sobre un eje de estratificación. En este sentido: esos consumidores eligen rock y no cumbia por lo que *significa* consumir aquel género en términos simbólicos. La distinción aparece por el consumo. Y el consumo es una forma de la práctica (de Certeau, 1996).

Discursos y cuerpos

Según fuentes periodísticas, hubo factores concurrentes en la ocurrencia de esta tragedia: además de los materiales inflamables (especialmente una media sombra que oficiaba de cerramiento en el techo del local); los dispositivos contra incendios, mangueras y matafuegos, eran inservibles (el certificado de bomberos se hallaba vencido); las salidas de emergencias estaban cerradas o clausuradas, y el público presente superaba en tres veces la capacidad del local (Clarín, 5/1/05).

¿Qué cambió con la tragedia de Cromagnón? Además del sistema y de las pautas de inspección tanto en la Ciudad como en el Gran Buenos Aires (y en muchos municipios del interior), en partidos como el de Almirante Brown se empezaron a dar charlas de prevención. Asimismo se organizaron visitas guiadas a los boliches, tanto para papás como para chicos (Clarín, 12-2-05) y, en el marco

porteño, un juez ordenó crear un registro de denuncias de los vecinos sobre locales que organizaran bailes sin la habilitación correspondiente (Clarín, 18-3-05).

Además, la Secretaría de Educación de la Ciudad creó el Programa de Atención Integral a las Víctimas del 30 de diciembre, que, entre otras medidas, debe facilitar la continuación de la escolaridad (otro índice del corte etario de los afectados). Asimismo, las escuelas organizan (u organizaron) debates sobre el tema, actividades de expresión artística de recordatorio a las víctimas y charlas con especialistas no sólo de los chicos sino también de padres, profesores y centros de estudiantes (Clarín, 10-3-05).

Es dable constatar que el modo en que reaccionó la sociedad argentina al acontecimiento de Cromagnón fue, entonces, la producción de discursos. Discursos en todas sus variantes: desde los menos formalizables orales hasta los más codificados. De los científicos a los jurídicos. Desde los más privados (la convocatoria de las instituciones *psi* de la Ciudad de Buenos Aires señala la magnitud del operativo discursivo) a los más públicos (la interpelación al Jefe de Gobierno Ibarra es de este tenor). Discursos de los padres de los muertos, de los sobrevivientes; discursos preventivos, pedagógicos... Discursos, discursos y más discursos. Discursos que *hablan a* una generación (si se me admite la hipótesis etaria), la hablan y la invisten. O intentan hacerlo...

Otra lógica

¿Hay lógicas propias del cuerpo? Y esas lógicas ¿son anteriores a los discursos o concomitantes a ellos? ¿O, directamente, el cuerpo sólo existe para el hombre a condición de ser dado (como existente) por los discursos y las representaciones?

Estas preguntas atraviesan el desarrollo de la teoría social hace mucho tiempo. Y las respuestas que se brindaron y brindan aún hoy son múltiples y disímiles unas con otras. No voy a adelantar hipótesis sobre el carácter pre-discursivo del cuerpo o el privilegio del discurso. Pero estoy pensando con estas preocupaciones.

Lo que me interesa particularmente son dos datos que ya expuse. El primero: que entre adolescentes y jóvenes una de las formas privilegiadas de constitución de identidades son los consumos, a su vez una forma de la práctica. Consumir es practicar, en el sentido de realizar una actividad socialmente significativa. Y ese consumo conlleva una respuesta (¿parcial, inestable, momentánea?) a la pregunta acerca de quién se es (tanto individual como socialmente).

El segundo dato no apunta a los individuos sino a la sociedad: la sociedad, como una de las formas de constituir su orden, produce discursos (al igual que instituciones, por ejemplo). Y esos discursos son variados en su tipo: jurídicos, médicos, científicos, pedagógicos, periodísticos, etc.

Ante esos datos, una pregunta obligada: qué pasa con un hecho como Cromagnón, en donde lo que se ve afectado culturalmente (entre muchas otras afecciones de todo tipo) es la posibilidad de practicar. Y en donde lo que resulta son cuerpos, pero cuerpos muertos, (que finalmente dejan de existir).

¿Qué pasa, entonces con esos jóvenes y adolescentes que son sus practicantes? Porque el rock, entre otras cosas, implica *performance* arriba pero también abajo del escenario: ¿no es eso acaso el pogo? Una *performance* que supone el 'aguante', término (nativo) que designa un uso popular del cuerpo (Alabarces, 2004).

¿Qué posibilidades tienen de paliar la desdicha del cuerpo los discursos que produjo la sociedad al momento del incendio? Porque esas posibilidades parecen considerarse socialmente necesarias: es el caso de los discursos acerca de la fiscalización civil de las medidas de seguridad.

Si los cuerpos y los discursos se hacen uno (para resolver sin discutir esa vieja polémica de las ciencias sociales que mencioné), entonces la pregunta es qué grado de interpelación tienen o pueden tener aquellos discursos producidos por la sociedad al momento del evento.

Este oficio es el de preguntar, más que responder. Abrir más que cerrar. Entre otras cosas porque las respuestas las da la historia mientras se hace a sí misma, los hombres mientras viven, como dice una vieja frase de Thompson. Pero si reconocemos, o creemos reconocer, que la particularidad de esta generación está dada por sus usos del cuerpo (y esto constituiría su secreto), entonces los discursos sociales, mal que nos pese, probablemente puedan hacer bastante poco. Se trata de un cambio en la economía cultural: esto no pasaba a principios de siglo con los discursos escolares, por ejemplo. Se trata también de un cambio generacional. La pregunta es si la sociedad y su capacidad de producción simbólica cambió a la par. Y puede brindar respuestas que sean eso: respuestas.

Bibliografía

Alabarces, P (2004): "Cultura popular, "aguante" y política: prácticas y representaciones de las clases populares urbanas", mimeo, Buenos Aires

de Certeau, M. (1996): *Invención de lo cotidiano. I. Artes de hacer*, Universidad Iberoamericana, México.

Maffesoli, M. (1990): *El tiempo de las tribus*, Icaria: Barcelona.

Políticas culturales y cultura política Notas a las Conversaciones

Rubens Bayardo

Estas notas surgen de la invitación que recibí de *Argumentos* para realizar una lectura crítica del texto “¿Qué es una política cultural y cuál es su relación con la cultura política?”, que transcribe la conversación mantenida entre Horacio González, León Rozitchner, Alejandro Kaufman y Gabriela Massuh, y fue publicado en el n° 4 de la revista. Más concretamente *Argumentos* propuso que el eje de la nota articulara las siguientes cuestiones ¿Cuáles serían los lineamientos de una política cultural hoy en Argentina? ¿Qué desafíos implica en la actualidad la gestión cultural? En principio debo decir que la pregunta por el ‘fundamento’ y la mirada filosófica que atraviesa buena parte de las conversaciones, corresponden a espacios ajenos al de mi especialidad y no entraré en ellos. Creo parcialmente aceptables algunas de las afirmaciones acerca del Estado, de la cultura como bálsamo, de la banalización de los contenidos, del lugar de los medios y su porción central en el poder. Debe descontarse entonces que también las considero criticables, y que las alusiones que haga en este texto provendrán de la perspectiva en la que estimo puedo escribir con rigor. Si bien estas notas procuran tener cierta autonomía, parto de la presunción que el lector conoce el diálogo que las precede.

La cultura y los derechos

Entiendo que la vinculación entre Estado y cultura tiene su sustento en una cuestión jurídica, que es el reconocimiento de los Derechos Económicos, Sociales y Culturales, establecidos en Pactos internacionales e incorporados a la Constitución Nacional. A diferencia de los derechos civiles y políticos, donde se reclama que el Estado no intervenga sino ante su violación, en el caso de los derechos económicos, sociales y culturales, se entiende que estos no pueden ser alcanzados y garantidos sino mediante políticas y prácticas activas que aseguren su implementación. De aquí que ya desde mediados del Siglo XX las políticas culturales públicas no son una opción, sino una obligación del Estado para con la ciudadanía. Esto no es muy distinto a lo que ha sucedido con otros dominios, como la educación, la salud, el medio ambiente. La falta de intervenciones del Estado, la ausencia de regulaciones, de hecho deja estos ámbitos librados a la ‘mano invisible’ del mercado, donde usualmente se cumple la ley del mas fuerte, y la invisibilización, la negación y hasta el exterminio del ‘otro’.

La cultura en nuestros días no es apenas un bálsamo espiritual capaz de obnubilar las penurias cotidianas, y/o una vitrina donde se enaltecen y purifican la política y los políticos. Como sostuvo en Florencia el Banco Mundial en 1999, 'la cultura cuenta', algo que en Brasil se expresó con fervor propagandístico en épocas de Fernando Henrique Cardoso: 'la cultura es un buen negocio'. Y por supuesto que no se trata sólo de las entradas cobradas en las boleterías de museos y teatros, sino de la escalofriante rentabilidad producida por la concentración diversificada de las industrias de la información, la comunicación y el entretenimiento, con sus vinculaciones a la artes cultas, el patrimonio, la moda, el diseño, el redesarrollo urbano, el turismo. Múltiples formas de la 'creatividad', que van desde los saberes y productos de poblaciones indígenas y tradicionales, pasando por las formas de la vida cotidiana estetizadas y depuradas de conflicto, hasta las últimas sofisticaciones de las NTIC, los nuevos materiales y las nuevas ciencias, son hoy objeto de negociaciones que las entienden como bienes y servicios 'culturales', transables en términos de 'derechos de propiedad intelectual'. Unas pocas megacorporaciones transnacionales cosechan la siembra de individuos y sociedades, patentando como propiedad privada los esfuerzos colectivos, y restringiendo su circulación pública a quienes puedan pagar por ellos.

La Organización Mundial del Comercio, tardío pero imbatible resultado de las presiones en pro del libre comercio entronizadas en el orden de post guerras, les ha facilitado el camino a las *majors* con sus leoninos Acuerdos sobre bienes, servicios y derechos de propiedad intelectual, convirtiéndose en la principal amenaza a los derechos colectivos, a la diversidad cultural y a la democracia. La Declaración Universal de la UNESCO sobre la Diversidad Cultural de 2001, no se comprende sin el trasfondo de esos Acuerdos perniciosos para las políticas culturales y las industrias nacionales. La preocupación por acordar prontamente una Convención Internacional con validez jurídica en la problemática, tampoco se entiende sin el peso ilevantable que significaría la finalización de una Ronda de Doha exitosa en su objetivo de liberalización total del comercio. Esto terminaría de abrir las puertas al cine de Hollywood (con el que no se puede competir pues ya ingresa amortizado a costo cero), pondría freno a los subsidios que fomentan creaciones locales, y terminaría con los acuerdos de coproducción con otros países, que posibilitan la ampliación del mercado interno a 400 millones de hispanohablantes. Indudable y felizmente se detectan ciertas fisuras y contradicciones en el papel de los representantes de los Estados miembro en la OMC y en la UNESCO, pero el panorama es más preocupante que alentador.

De aquí, que desde mi perspectiva, aun cuando no pueda ignorarse la noción que ve al Estado como mecanismo de opresión de una clase sobre otras, menos todavía puede alimentarse la ilusoria bondad de su no intervención en las políticas culturales. En los tiempos que corren la utopía del libre mercado y la de la anarquía, oscurecen el hecho contundente que allí donde no llega el Estado, las condiciones de privación, de falta de derechos, y la imposibilidad de reclamo se vuelven mucho peores y oprimentes.

Las políticas culturales

Las políticas culturales son hoy formas de intervención sobre el desarrollo simbólico y económico, en sociedades que han reconocido formalmente los derechos culturales, y que han conferido centralidad a la cultura como esfera abarcativa de la producción económica y de la regulación política. Tras esta ampliación ilimitada de la cultura se encubre, con demasiada frecuencia, la promoción de soluciones mágicas a crisis que ameritarían otros tratamientos, y la generalización de clasificaciones falseadas que aceptan mejor reconocer a los grupos y a las personas como católicos, negros, y discapacitados, antes que como pobres, desiguales y explotados. Pero también las políticas culturales pueden bregar por la participación en la producción cultural, por el acceso democrático y pleno a los bienes y los servicios culturales, por la visibilidad y el reconocimiento de la diversidad cultural sin negar la desigualdad social, por el goce por parte de todos de los beneficios del desarrollo artístico, intelectual y tecnocientífico. Esto abre otro horizonte sobre la cultura como parte de los derechos humanos a ser respetados.

Para ello es prioritario en la actualidad tener conocimientos, tan fiables como rigurosos, del territorio sobre el que se aplican las políticas culturales, y sobre los resultados de las mismas, lo cual posibilita la toma de decisiones y la instrumentación de acciones informadas y contrastables. Generalizar los parámetros y criterios arbitrarios y personalistas usuales en la cultura, a otros dominios de la vida social, como la educación o la salud, supondría asumir riesgos inaceptables. Pero cuando se realizan estos esfuerzos desde el Estado, algunos adalides del mercado sacan a ventilar los fantasmas del despotismo. Así un economista liberal calificó de 'subsidio para futuros dictadores' al Sistema Nacional de Medición de Consumos Culturales conveniado entre el gobierno nacional y la Organización de Estados Iberoamericanos. Y el diario *Ambito Financiero* anunció como 'observatorio de Stalin' la creación del Observatorio de Industrias Culturales del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.

Quienes anteponen la libertad del mercado y la propiedad privada a la ciudadanía, prefieren entender a la cultura como un solaz espiritual individual, oscureciendo que aunque ella es en principio producida en forma colectiva por grupos sociales, resulta apropiada privadamente, y comercializada al gusto de megacorporaciones mediáticas. Estas no solo obtienen ganancias extraordinarias de la cultura, sino que intervienen política y decisivamente en la conformación de las subjetividades y las identidades sociales. Por ello no toleran competidores capaces de disminuir sus beneficios, ni investigaciones que puedan cuestionarlos en pro de los derechos culturales de indígenas, migrantes, indigentes, minorías, a los que si no presentan como delincuentes, los dulcifican como mercancías de consumo turístico. No da igual mirarse en el espejo de Broadway, las arenas de la costa californiana y las grandes tiendas de Miami, que en el paisaje de desocupados, de cartoneros y de hambrientos que supimos conseguir. Por ello no es extraño que no encontremos lo que buscamos, si no sabemos qué estamos buscando, y que continuemos deshojando la margarita de '¿quiénes somos los argentinos?'

Las políticas culturales del Estado en lo que refiere a industrias culturales y medios de comunicación son, y deben ser, un tópico central de la agenda contemporánea. En las intervenciones y regulaciones sobre este ámbito va la posibilidad de representarnos y presentarnos, de reconocer nuestra diversidad y de ser reconocidos por otros. Nada de esto será posible sin fomentar las creaciones y las producciones actualmente invisibilizadas por una desigual competencia con las *majors*. Pero sobre todo es necesario dar apoyo a la distribución y la comercialización de las pequeñas, medianas y grandes industrias locales, capaces de dar difusión y espacio público a nuestras propias formas expresivas y comunicativas en literatura, música, cine, artesanías, fiestas populares, etc. Este no es sólo un desafío identitario, sino que involucra dar y defender el trabajo de quienes viven en este territorio.

La gestión cultural

La gestión cultural es una mediación en los procesos productivos culturales, que involucra a distintos agentes, prácticas y racionalidades. Retoma diversos aportes disciplinarios e involucra teorías, pero está orientada al hacer, a la acción, en dominios como museos, teatros, centros culturales, edición, medios, etc. En nuestro medio se ha tendido a asociarla con la aplicación de algunas recetas de marketing, con el fin de lograr fórmulas exitosas que maximicen los beneficios económicos que rinde la cultura. La cultura genera ingresos, aumenta el PBI, paga

impuestos, sus exportaciones mejoran la balanza comercial, de hecho muchas personas trabajan y viven de ella, no siempre tan dignamente como sería de desear. La gestión cultural puede contribuir al mejoramiento del sector, acercar a creadores y productores, generar interlocuciones productivas, crear y ampliar mercados, promocionar legislaciones y tratados comerciales más adecuados a nuestras realidades. Pero también puede dar lugar a expresiones negadas y emergentes, facilitar la gestación de nuevas miradas, unir la reflexión a la diversión, romper con estereotipos y prejuicios, abrir espacios para la definición de necesidades inexpressadas, promover valores democráticos y ciudadanos.

Por eso a mi entender el principal desafío actual de la gestión cultural es afianzar una perspectiva no tecnocrática, que relacione la gestión de la cultura con políticas culturales a largo plazo y con finalidades sociales, que contribuyan a definir colectivamente qué clase de desarrollo queremos para nuestras sociedades. Esto supone valorar la cultura, más que por sus capacidades económicas salvíficas, o por su potencial de promover la 'inclusión cultural' de los excluidos económica y socialmente, por la asunción de una noción no instrumental de la cultura, es decir de un concepto que pondere sus valores intrínsecos y comunicativos. En tal sentido, es necesario avanzar y profundizar en los procesos formativos y de capacitación, de funcionarios y trabajadores culturales. Vinculando la gestión a la investigación, la acción a la reflexión crítica, es posible conceptualizar y comprender el sector en su complejidad y con sus interrelaciones, e implementar acciones culturales informadas, fundadas y evaluables, que son las que se necesitan en el presente si aspiramos a tener algún futuro deseable.